

La Ilustración Artística

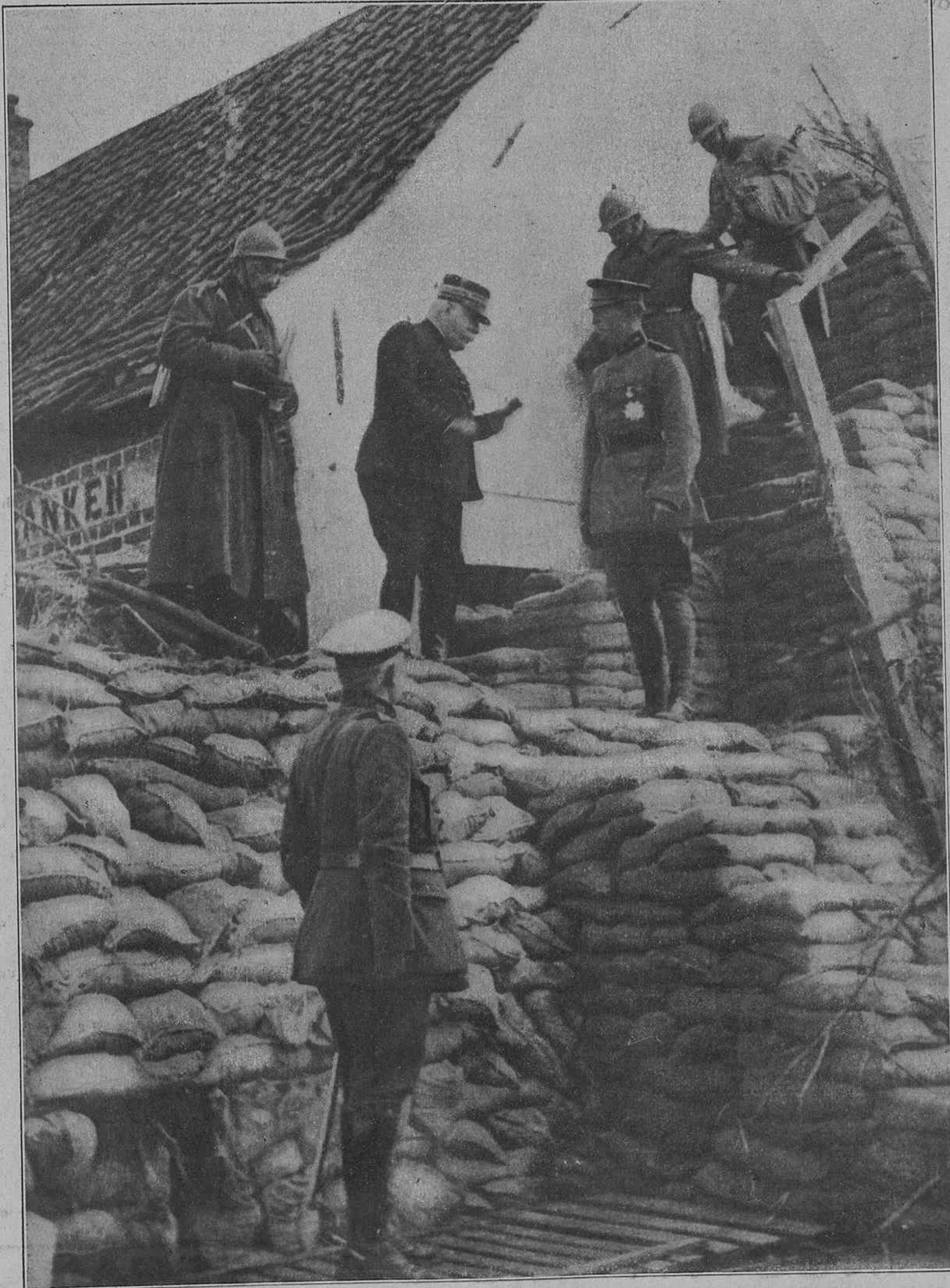
AÑO XXXV

BARCELONA 4 DE DICIEMBRE DE 1916

NÚM. 1.823

LA GUERRA EUROPEA

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Entrevista del general Joffre y el rey Alberto de Bélgica en una posición inmediata a la frontera belga

(De fotografía oficial remitida por Centra News)

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN. Boston & New-York. — **Autopianistas** Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía. — Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne. — París.
ROLLS PERFORADOS STANDARD. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis.**
Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.



En tu canastilla,
que es de raso y oro,
he puesto hija mía
un grande tesoro;
es ello un presente
de dicha y ventura:

Se llama **Agua y Crema y Jabón PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

BARCELONA

— LAS ENFERMEDADES DEL —

ESTÓMAGO

dispepsias, gastralgias, malas digestiones, vomitos, inapetencia, diarrea, estreñimiento, convalecencias difíciles, vómitos de las embarazadas, etc., etc., se curan siempre con el **ELIXIR GIOL**

AL POR MAYOR. — Laboratorio Químico-Farmacéutico COLL OLIVÉ, BARCELONA
CONCESIONARIO PARA SUL-AMÉRICA: F. LÓPEZ, San José, 841. — BUENOS AIRES
y en todas las farmacias



CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplegias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

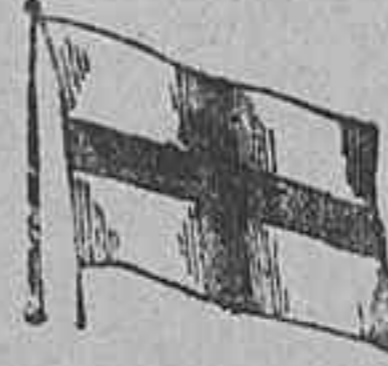
No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

NO MAS VELLO

POLVOS COSMETICOS de FRANGH
DEPILATORIO
NO IRRITA EL CUTIS
QUITA
EL VELLO Y EL PELO
MATA LA RAIZ
PRECIO 2'50 P. 1/2 BOTE
EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS
AL POR MAYOR-BORRELL HERNÁNDEZ ASALTO, 52, BARCELONA
SE REGISTRA POR COLECCIÓN CERTIFICADO, ANTIQUANDO 3 P. 1/2 50

VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES



Pinillos, Izquierdo y C.^a

S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

— FLOTA DE LA COMPAÑÍA —

Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

47.075 toneladas Morson de registro total

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFURGOS.

SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO para PUERTO RICO y HABANA por el nuevo y lujoso vapor correo de 15 000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provisto de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

INFANTA ISABEL

Servicio rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON.

LINEA DEL BRASIL-PLATA. — **SERVICIO MENSUAL RÁPIDO Y DIRECTO PARA SANTOS, MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES** admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

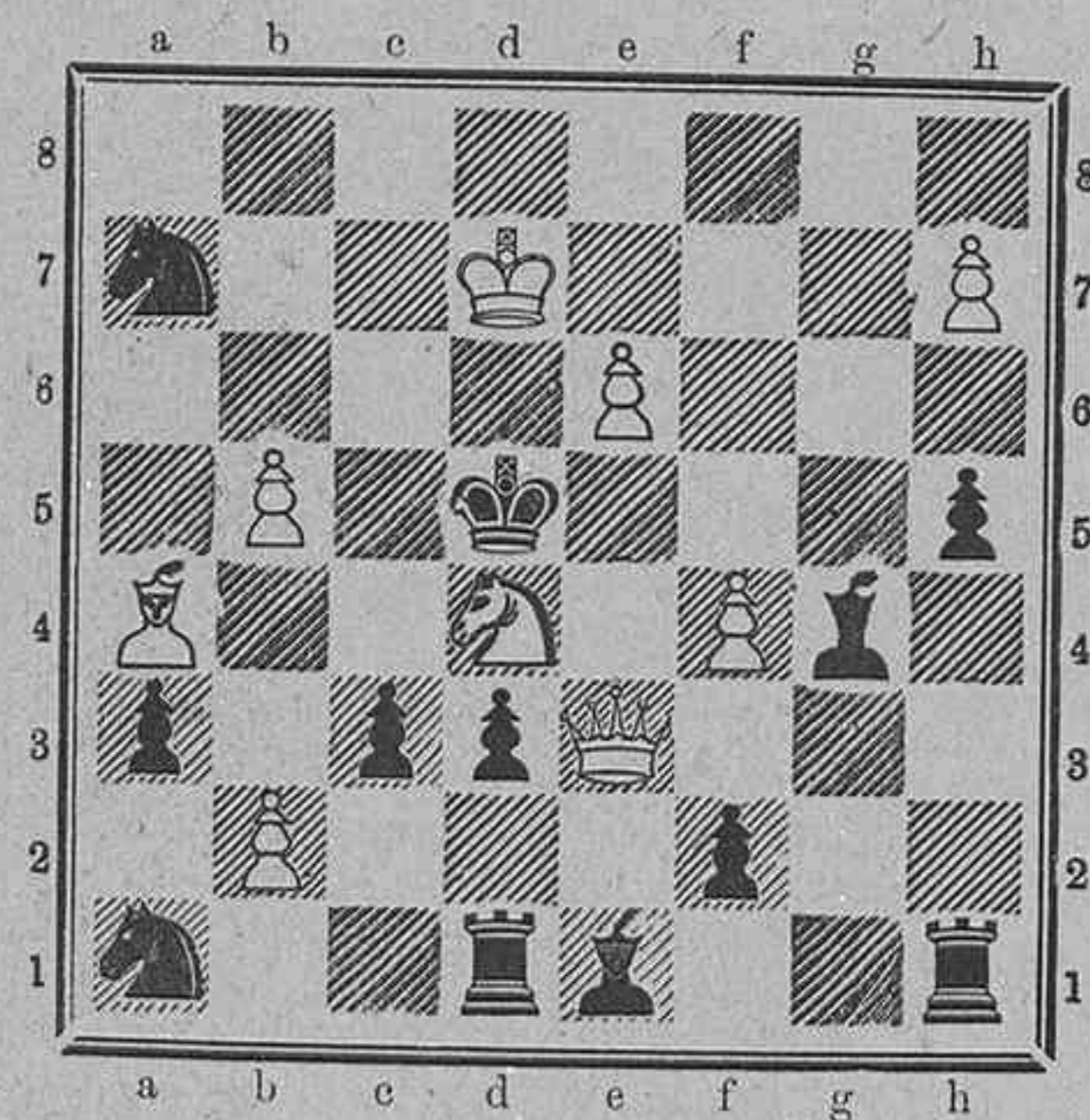
Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA. Paseo de Isabel II, núm 1. piso 1.º

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 707, POR S. HERLAND

NEGRAS (12 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 706, POR O. WURZBURG

Blancas

Negras

1. R e6-d5

1. T f3-d3 jaque

2. R d5-e5

2. Cualquiera.

3. A juega o C mate.

VARIANTES

1... T f3-f5 jaq.

2. R d5-d4, etc.

C d1-c3 jaq.

2. R d5-c4, etc.

C d1-e3 jaq.

2. R d5-c5, etc.

C h5-f4 jaq.

2. R d5-d6, etc.

C h5-f6 jaq.

2. R d5-e6, etc.

Otra jugada.

2. A b7-c6 o C d8-c6 mate.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

SOCIEDAD ANONIMA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA A PRIMA FIJA. — Capital suscrito 15.000.000 de pesetas. — Capital desembolsado 3.750.000 pesetas
Representaciones en toda España. — Domicilio social: Rambla Cataluña, 18 y Cortes, 603

AUTORIZADO POR LA COMISARÍA GENERAL E INSPECCIÓN DE SEGUROS EL 14 DE AGOSTO DE 1909

La Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 4 DE DICIEMBRE DE 1916

Núm. 1.823



El nuevo emperador Carlos VIII de Austria-Hungría,
con su esposa la princesa Zita de Borbón Parma, y sus hijos Francisco José y Adelaida
(De fotografía del consejero alemán Armando Clement Kosel.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Madrid. Exposición de Arte Belga a beneficio de los artistas víctimas de la guerra.* — *La guerra europea.* — *El nuevo emperador de Austria Hungría.* — *Madrid. Notas de actualidad.* — *El cabo Silvestre* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. El ferrocarril a Las Planas de Vallvidrera.* — *El Dr. Doyen.* — *Madrid. Estreno de «Las sufragistas».* — *Melilla. La Exposición de los Centros Hispano-marroquíes.* — *Motorismo. Pruebas del kilómetro lanzado.*
Grabados. — *El nuevo emperador Carlos VIII de Austria Hungría, con su esposa la princesa Zita de Borbón Parma y sus hijos Francisco José y Adelaida.* — *Madrid. Exposición de Arte Belga a beneficio de los artistas víctimas de la guerra.* — *La guerra europea.* — *Madrid. Notas de actualidad.* — *Barcelona. El ferrocarril a Las Planas de Vallvidrera.* — *El Dr. Doyen.* — *Melilla. La Exposición de los Centros Hispano-marroquíes.* — *Motorismo. Pruebas del kilómetro lanzado.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha sido nota triste, la muerte trágica del joven marqués de Vallecerrato, aplastado bajo su monoplano, cuando estaba realizando la prueba exigida para obtener el diploma de piloto aviador.

Este arrojado muchacho había corrido, en su corta vida de treinta y un años, no pocos riesgos, y hasta los había buscado, por ese impulso que siente el hombre de afirmar a toda costa su energía. Cazador en climas remotos, motorista intrépido, fué del número de los aristócratas que se alistaron como voluntarios, para la guerra de África, en la crítica hora del Barranco del Lobo. Bien cumplido el deber patriótico, ahora quería emprender la aventura del aire.

Para mí, no existe otra tan pavorosa. Me siento animal terrestre, pegado a la corteza del planeta como una planta. La sola idea de verme entre el Empíreo y el suelo, me escalofría. Entra por mucho en ello el pensar que, dentro de una aeronave, no hay medio de andar, de adoptar posturas cómodas, de hacer lo que sea necesario, sino estar sujeto y como formando parte de toda aquella maquinaria. No soy de las personas más cobardes, pero el deporte aéreo me pone carne de gallina.

En fin, no pensaba así el desventurado marqués. Al contrario: su propósito de volar era firme y decidido. Bien lo probó su mal suceso.

Eligió para su empresa el aerodromo civil de Getafe, y una mañana clara, dorada y magnífica de este noviembre, que ahora comienza a torcer el gesto, pero que ha sonreído gentilmente durante la primera mitad de su curso. Y acudieron infinitos espectadores, muchos con carácter de invitados; y entre el concurso figuraban, doloroso detalle, cuatro hermanos de la víctima, y también parientes muy próximos, que presenciaron su horrible caída, de veinte metros de altura, y ayudaron a desenredar sus restos magullados y deshechos de entre la maraña del aparato inutilizado y roto.

Acerca de los motivos que determinaron la catástrofe, se ha hablado mucho, y no sólo se ha hablado, sino que se ha escrito, categóricamente, en periódicos de gran circulación. El aparato, por lo que se ha visto, no estaba en condiciones. Las pruebas exigidas, eran difíciles, más arduas de lo necesario. La llamada de los «ochos» se pedía con record de tiempo, lo cual no era, por lo visto, habitual. Y, particularidad todavía más censurable: entre los espectadores, hubo ciertos movimientos de impaciencia, entre bromas y veras, ante las dilaciones que imponía el hecho de las deficiencias del aparato, a fin de remediarlas y evitar que envolviesen tan grave peligro de la vida del neófito.

¡La gente! No es que sea maligna, no es que sea delincuente de intención... Pero ¡cuántas veces su ligereza, su aturdimiento, su egoísmo, lanzan al pundonoroso a desdeñar toda prudencia!

Así debió de suceder en el caso del marqués de Vallecerrato, que indudablemente pensó lo que en casos análogos se piensa: «¡Ea, a terminar, y suceda lo que suceda! No crean que tengo miedo y que estoy retardando el lance.»

Había que retardarlo; había que arreglar, que probar el segundo motor, visiblemente casi inútil, o que no funcionaba como era debido; pero ¿a qué hora se acabaría entonces la prueba? ¿A qué hora se almorzaría? ¿Qué gruñirían los que pensaban presenciar un espectáculo de gallardía, y presenciaban un pesado ensayo sin lucimiento?

Todos estos estímulos impulsaron al infeliz deportista. Subiría, sin esperar a que un profesor ya experto probase el motor que no rendía trabajo. Subiría... ¡y que fuese lo que Dios quisiera!

Es doblemente lastimoso que haya perecido un hombre tan resuelto, con inclinaciones tan nobles hacia todo lo que puede redundar en gloria y heroísmo. Y que haya perecido víctima de esa compli-

cidad inconsciente de la multitud, que, cuando está compuesta de gente del pueblo, grita al torero «¡cobarde, éntrale! ¿Lo matas tú o lo mato yo?» Y cuando está formada por individuos de clases superiores, sonríe humorísticamente, y deja ver la ironía, el recelo ofensivo...

Aun por eso me parece discretísima, si bien tardía, la resolución del Real Aero-Club de no prestar su concurso oficial a ninguna prueba que se verifique en público y con aspecto de solemnidad mundana. Cuando se juega la vida, todas las precauciones son pocas. Las muchedumbres son siempre culpables en su egoísmo, aunque cada uno de los individuos que las componen esté animado de los mejores sentimientos y sea capaz hasta del sacrificio.

Madrid sigue engalanado con colgaduras blancas — compuestas de una variedad de prendas en que, cuando menos, domina este color, propio de ropas interiores.

Cuelgan de los balcones andrajos, camisas, calzoncillos, amillias, sábanas, entremezcladas con algún calcetín de vivo tono, o alguna camisola policromada. Está prohibido, es cierto, por las ordenanzas municipales tal abuso; pero las ordenanzas municipales deben haber sido hechas para eso; para infringirlas, porque ahí está el fino toque del gusto, en este país desobediente por rachas.

Habréis oído hablar de que, en otras épocas, existían clases privilegiadas, que eran las de mayor altura social. Yo no sé si eso sucedió antaño; pero aseguro que, hogaño, es todo lo contrario lo que sucede.

A los ricos y poderosos, o que lo parecen, es a quienes se les obliga a sujetarse a una multitud de prescripciones que serán acertadas, no digo lo contrario, por más de que algunos lo dudan; pero que dificultan la vida en la villa coronada. No hay medio de ir en coche por parte alguna; está siempre enfrente un guardia, para hacer retroceder al vehículo, y que quien lo ocupa pierda una hora en dar la vuelta por calles inverosímiles. Esto se cumple con un celo extraordinario, sin tolerar la menor infracción. Un coche, un automóvil, no pueden aguardar a su dueño en el lugar donde éste se baja: así llueva, así haga un frío glacial, el coche es mandado retirar mucho más lejos, y es el dueño el que, a pie y mojóndose, ha de ir a buscar el coche, que no puede «arrimar» porque se lo prohíbe el agente...

Los coches y automóviles son altamente impopulares; se les acusa de mil tropelías. Pero la autoridad nada hace para impedir que tales tropelías se produzcan fatalmente, porque el público de a pie las provoca, con temeridad. La gente, en vez de ir por la acera, va muy oronda por el arroyo, en los sitios más céntricos, más concurridos; la gente, en lugar de apartarse cuando oye la bocina de un automóvil, se queda impávida y riéndose del chiste de que el artilugio se le venga encima; la gente torea al artilugio, en especial los chiquillos, y se le planta delante, abriéndose de brazos, ya que no de capa; y los guardias lo ven, y permanecen como postes; y ven la aglomeración de coches, y no hacen parar un instante a todos, para que pase a la otra acera la gente de a pie... Verdad es que la gente de a pie no quiere ir por la acera, así la maten.

Y ven los guardias, con la misma beatífica tranquilidad, colgar racimos de chicos de la trasera de los tranvías, y los dejan, expuestos a que uno se caiga y, sin la menor culpa, lo arrolle el automóvil que viene detrás... De esto no se ocupan, como no se ocupan de las variadas cortinas de ropa blanca que guarnecen persianas y balcones. El único cuidado que parece apremiarles, es el de que un coche se vaya lo más lejos posible de su dueño, cuando éste se baja en una tienda. Y por eso digo yo que las clases privilegiadas, en el día, no son precisamente las que gastan coche.

Apruebo lo que redunde en pro del orden, lo que tienda a garantizar el derecho de todos; pero desapruebo las diferencias. Si la ley, las disposiciones de buen gobierno, las ordenanzas, deben cumplirse, no haya excepciones. Y desaparezcan contravenciones tan feas y de efecto tan malo como estas colgaduras, que hacen de Madrid una especie de aduar.

Cuando leemos doquiera que Polonia ha resucitado, que ya es libre, que la mártir ha dejado de sufrir — (y no todos están conformes en que así sea) — leemos en la prensa que Enrique Sienckiewicz ha muerto, a consecuencia de un ataque cardíaco.

Sienckiewicz tenía ahora setenta años. Vino al mundo en el de 1846. Y el libro que divulgó su nombre y su fama, fué la novela del tiempo de Ne-

rón, titulada *Quo vadis?* Infinidad de traducciones, cientos de ediciones, consagraron la gloria de esta ficción, que valió a su autor el premio Nóbel.

En tal novela, los aficionados vimos un reflejo de algunas otras obras de asunto análogo, verbigracia, la tan conocida *Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas*, de Wiseman, y ciertas reminiscencias de la *Actea*, de Dumas. No por eso nos pareció menos atractiva la fábula del autor polaco. Hasta encontramos que el tiempo transcurrido entre la publicación de sus probables modelos y la de *Quo vadis?*, redundaba en beneficio de esta obra, pues la documentación, la escenografía y el color local eran más esmerados, completos e intensos. Un arte mayor se observaba en *Quo vadis?*, y también había que alabar en la novela más desenfadado y realismo, al describir las costumbres de la Roma imperial, veladas en *Fabiola*, atenuadas en *Actea*, y en *Quo vadis?* presentadas con todo realce.

Y esto se lo agradecemos muy de veras a Sienckiewicz los que creemos que la novela católica debe escribirse con todo el nervio y enjundia de verdad que requiere el Arte; los que odiamos la novela blanca, la novela azul y la novela rosa. Sierckiewicz hizo sentir la dramática belleza de aquellos primeros tiempos de la difusión apostólica del Cristianismo, sin ñoñeces y sin mojar la pluma en agua bendita. Nuestro Señor, a quien sirvió, se lo premie.

Otras novelas produjo Sienckiewicz, que, sin alcanzar la ruidosa fama de *Quo vadis?*, merecen ser leídas con admiración. La titulada *A sangre y fuego* (título que aquí se traduce torpemente *Por el hierro y por el fuego*, pero debe traducirse como queda dicho), es un poema trágico, en que hay episodios y personajes cómicos, interesantísimos, y escenas de una fuerza horrible, que causan escalofrío. Quizás está más adobada, mejor preparada, la materia de *Quo vadis?*; pero hay mayor espontaneidad en la epopeya de raza *A sangre y fuego*.

Y la humilde realidad, la vida de las clases pobres y necesitadas de emigrar para vivir, está admirablemente retratada en la novela *Por el pan*, que no es de las más conocidas de su autor. Yo admiré esta novela, porque encontré que los polacos emigrantes de Sienckiewicz presentaban marcados rasgos de semejanza con los gallegos emigrantes también. No pudiendo esta similitud ser caprichosa, ni conociendo el autor a los emigrantes de la costa gallega, las analogías sorprendentes tienen que ser fruto de la fidelidad de observación y fina sensibilidad del novelista.

A pesar de que Sienckiewicz escribió una obra — que no conozco — titulada *Nadie es profeta en su tierra*, si nos atenemos a lo que la prensa ha publicado varias veces, él fué profeta en la suya. Polonia cifraba en Sienckiewicz sus anhelos de libertad, de independencia, de nacionalidad. Por suscripción le regaló una morada lujosa donde acabase sus días rodeado de dignidad. No murió en ella el novelista, si es cierto, como en los primeros momentos se dice, que falleció en Austria, donde estaba refugiado.

La cara de Sienckiewicz, entre militar y romántica, responde perfectamente a la idea que de una Polonia heroica nos formamos. Y el escritor responde también, cumplidamente, a las aspiraciones de la raza, a sus temas fundamentales, el catolicismo y la energía de resistencia. Una novelista notable, la señora Réval, en su obra *La bachillera en Polonia*, ha pintado a lo vivo esta manera de ser, al cantar cómo, en la insurrección de los Cadetes, que entran espada en mano en el castillo donde reside el gran duque Pablo, su tirano del momento, no logran cogérle porque se oculta tras de las faldas de las damas de la Corte, a las cuales los insurrectos no sólo no hacen el menor daño, sino que saludan con galantería caballeresca.

Y en sus poetas, en sus escritores, encontró Polonia a los que sostuvieron sus ideas de libertad y redención. Los cantos fogosos del romántico Mickiewicz alentaron a sus combatientes, y el pueblo repitió las baladas labriegas de Brodzinsky:

«Devuélveme, hijo mío, mi arado y mi azada: ¡aun tendré ánimos para trabajar! Soy solo ahora para la labranza, pero ya que no hay remedio, trataré de cuidar de mi choza. Mira allá abajo: en un solitario valle, yace una armadura cubierta de orín. La enterré en fatal momento, para desenterrarla en días mejores. Que pueda yo ver cómo la vistes, y mis trémulas manos se alzarán al cielo; olvidaré que hemos perdido nuestra libertad, y diré «¡La Patria nos será devuelta!»

Sienckiewicz, al menos — ¿será verdad? — ha visto, antes de morir, que le devolvían la patria...

MADRID. - EXPOSICIÓN DE ARTE BELGA A BENEFICIO DE LOS ARTISTAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Personalidades que concurrieron al acto oficial de la inauguración. - Señoras de la Junta de Damas patrocinadora: duquesas de Santofía (1) y de Montellano (2), marquesa del Vadillo (3), condesas de Sclafani (4) y de San Luis (5), y Mme. Lambotte (6). - Sres. Blay (7), Sorolla (8), duque de Alba (9), marqués de la Mina (10), duque de Montellano (11), Sr. Doménech (12), Mr. Lejeune (13), secretario de la Legación de Bélgica; Sr. barón Grenier (14), ministro de Bélgica en España; Mr. Geoffray (15), embajador de Francia; Sr. Vázquez (16), príncipe Koudacheff (17), embajador de Rusia; Lord Hardingue (18), embajador de Inglaterra, y Mr. Gillis (19), cónsul de Bélgica en Madrid.

En el Palacio de Exposiciones del Retiro, de Madrid, celébrase actualmente una exposición de arte belga, que han organizado los pintores Joaquín Sorolla y Carlos Vázquez, el escultor Miguel Blay y el crítico de arte Rafael Doménech, y cuyos productos se destinan al socorro de los artistas belgas perjudicados por la guerra.

Los organizadores de este certamen han contado con la valiosa cooperación de M. Pablo Lambotte, Director general de Bellas Artes de Bélgica, que ha sido el encargado de traer las obras de sus compatriotas.

Para contribuir al éxito de la benéfica empresa, se ha constituido un Patronato de señoras que preside la duquesa de Santofía y del que forman parte las duquesas de Fernán Núñez, Montellano, Baena y Dúrcal; las marquesas del Vadillo, Urquijo, Portago y Mohernando; las condesas de la Viñaza, San Luis, Sclafani y Rincón y las señoras de Santos Suárez (D. Joaquín y D. José).

Las obras reunidas, casi todas hechas antes de 1914, se hallaban en diferentes museos y casas particulares y fueron expuestas primero en Londres y después en San Francisco, Liverpool, Cardiff, Birmingham, Oxford y París; a ellas se han agregado algunas otras de artistas belgas, que, después de aquella fecha, han podido seguir trabajando en Francia, Holanda e Inglaterra.

En la Exposición, que está instalada con gusto extraordinario y que es notabilísima en conjunto, hay distribuidas en las diferentes salas, 160 pinturas, 34 esculturas y 63 aguas fuertes, dibujos y litografías.

No siendo posible, en una noticia como la presente, hacer ni siquiera someramente una crítica de las obras que en la Exposición figuran, nos limitaremos a citar los nombres de los autores entre los cuales, como puede verse, están los más prestigiosos representantes del arte belga contemporáneo.

En la sección de Pintura: Allard l' Olivier, Baertsoen, miembro de la Academia Real de Bélgica; Bastien, Blicck, Celos, Ceunis, Claes-Thobois, Claus, miembro de la Academia Real de Bélgica; Cluysenaer, Courteus, Dassellorne, De Greef, Delaunois, De Saedeleer, De Smet, Delcour, Dounay, Ensor, Frederic, miembro de la Academia Real de Bélgica; Gilsoul, Hens, Houben, Jacquet, Janssens, Jefferys, Knopff, miembro de la Academia Real de Bélgica; Kufferath, Laermans, Lemmen, Marcette, Mertens, profesor de la Academia de Amberes; Michel, Opsomer, profesor del Instituto Superior de Bellas Artes de Amberes; Paulus, Permeke, Rassenfosse, Reckelbus, Richir, profesor de la Academia de Bruselas; Ronner (Alicia y Enriqueta), Smeers, Sterckmans, Surlemont, Tytgat, Van de Woestyne, Van Holder, Van Offel, Van Roy, Van Rysselberghe, Verhaegen, Verhaeren, Vloor, Wagemans y Wytterchaut.

En la sección de Escultura: Charlier, D' Hareloose, De Cuyper, conde J. de Lalaing, miembro de la Academia Real de Bélgica y de la Comisión de los Museos Reales; De Vigne, De

Vreese, Dubois, Dupon, Gaspar, Lagae, miembro de la Comisión de los Museos Reales; Meunier (Constantino), Minne, Puttemans, Rousseau, Van der Stappen, Van der Straeten, Vincotte, miembro de la Academia Real de Bélgica y de la Academia de Amberes, y profesor del Instituto Superior de Bellas Artes de Amberes; Wissaert y Wouters.

En la sección de aguas fuertes, dibujos y litografías: Baertsvan, Celos, Claus, De Bruyker, Delaunois, Delcour, Dupierreux, Ensor, Gilsoul, Khnopff, Mertens, Meunier (Marco Enrique), Marechal, director de la Academia de Lieja; Mignot, Pauhes, Opsomer, Renis, Ronner, Rotsaert, Tytgab, Van der Loon, Verbrugge y Wouters.

Al acto inaugural de la Exposición asistieron, además de la comisión organizadora y de la Junta de Damas, los embajadores de Rusia, Inglaterra y Francia; los ministros de Bélgica y del Japón, el cónsul de Bélgica en Madrid, el cardenal arzobispo de Sevilla Dr. Almaraz y otras personalidades.

El celebrado pintor Carlos Vázquez leyó unas cuartillas del insigne Sorolla en las que éste explica los trabajos de organización, da las gracias a cuantos han contribuido al éxito de esta obra de paz y de cultura en la que se demuestra cómo por encima de todas las luchas hay siempre solidaridad y unión en las serenas regiones del arte; invita a todos a que visiten esta manifestación de belleza y contribuyan a los fines benéficos de la Exposición; y hace votos porque el Sr. Lambotte lleve el más grato recuerdo de su estancia en España.

El notable crítico de arte Sr. Doménech dió luego lectura a un excelente trabajo sobre las diferentes escuelas artísticas de Bélgica, estudiando detenidamente la escultura, analizando la pintura y señalando sus analogías y diferencias con las escuelas flamenca, española y francesa, y el vigoroso renacimiento que ha tenido en la época contemporánea.

El Sr. Lambotte pronunció un breve discurso en francés dando las gracias a España por la afectuosa acogida dispensada a los artistas de su país, a las nobles damas que han patrocinado la Exposición y a los ilustres artistas que la han organizado. Habló de los artistas belgas, muchos de los cuales luchan actualmente con las armas en la mano en defensa de su patria, y recordó la emociones artísticas que ha experimentado ante los grandiosos monumentos de España y en nuestros museos, en los cuales ha visto muchas obras maestras, hermanas de las que en los museos de su país constituyen un honor de su patria.

La duquesa de Santofía declaró abierta la Exposición, con lo que se dió por terminado el acto oficial.

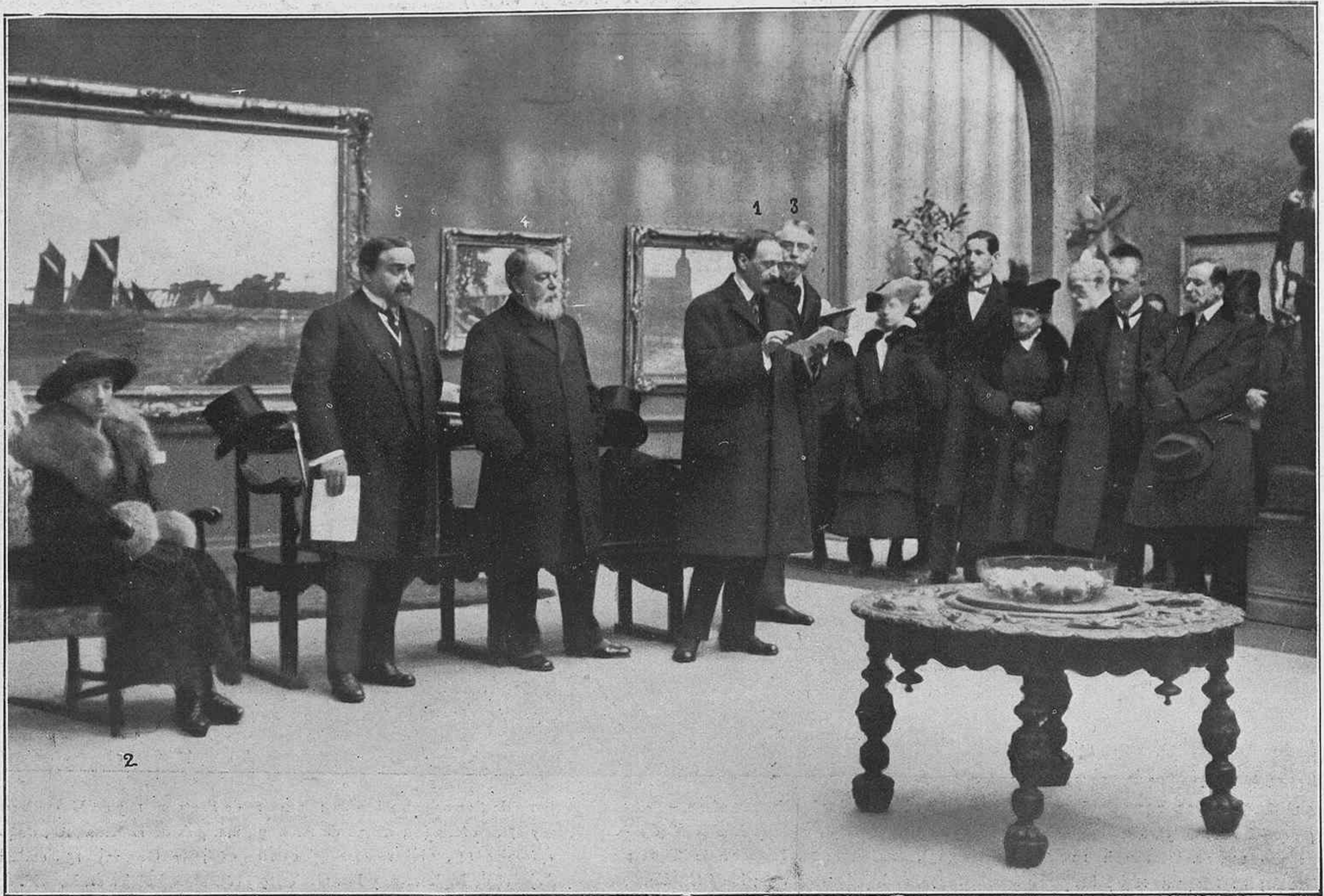
Apenas inaugurada la Exposición, ya se han recibido importantes donativos para los fines benéficos de la misma.

Nuestros lectores podrán admitir en el presente número algunas de las obras expuestas que más han llamado la atención del público y de los críticos.



Recuerdo de Florencia, busto en mármol del conde J. de Lalaing

MADRID. - EXPOSICIÓN DE ARTE BELGA A BENEFICIO DE LOS ARTISTAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA
(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

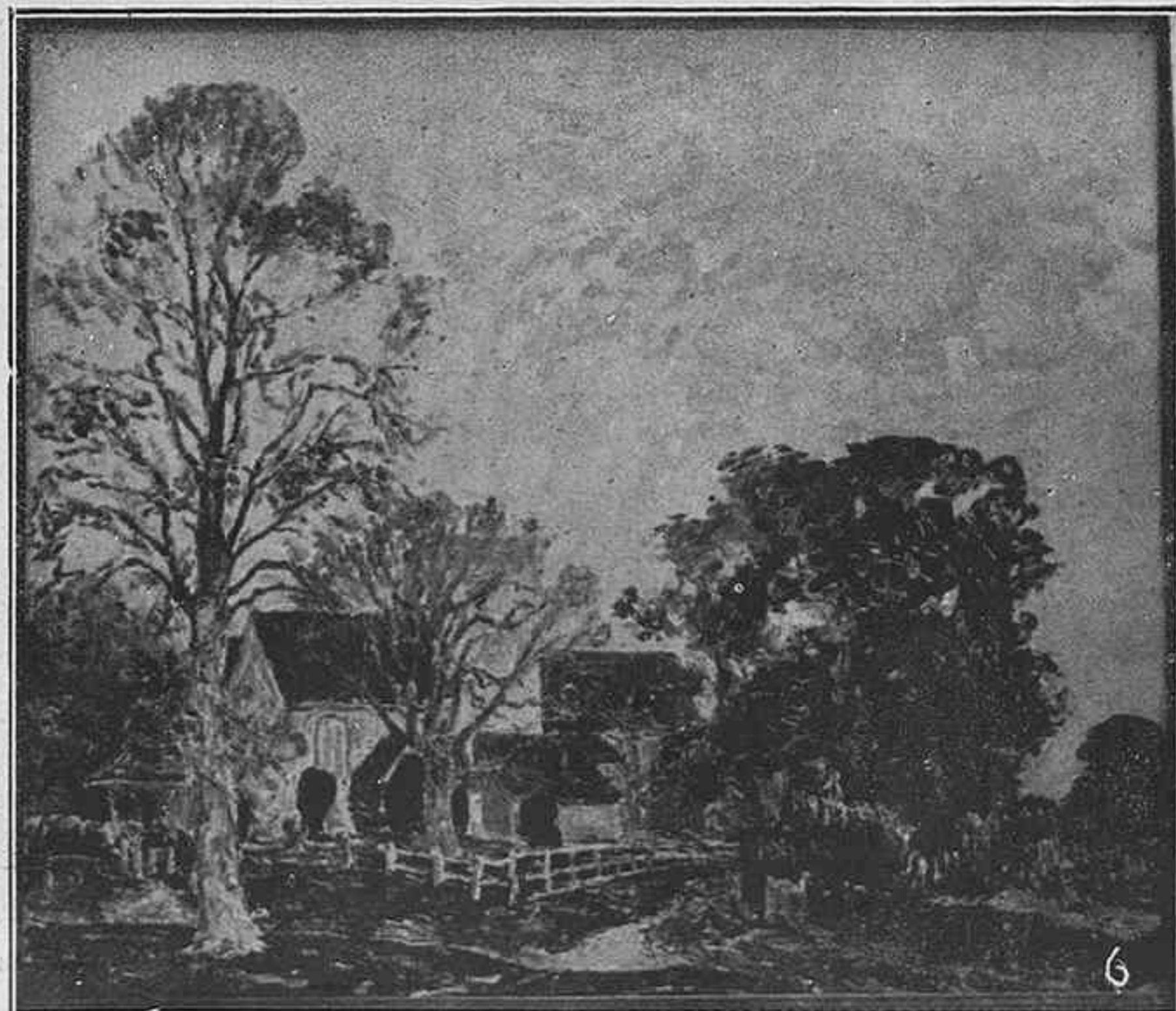
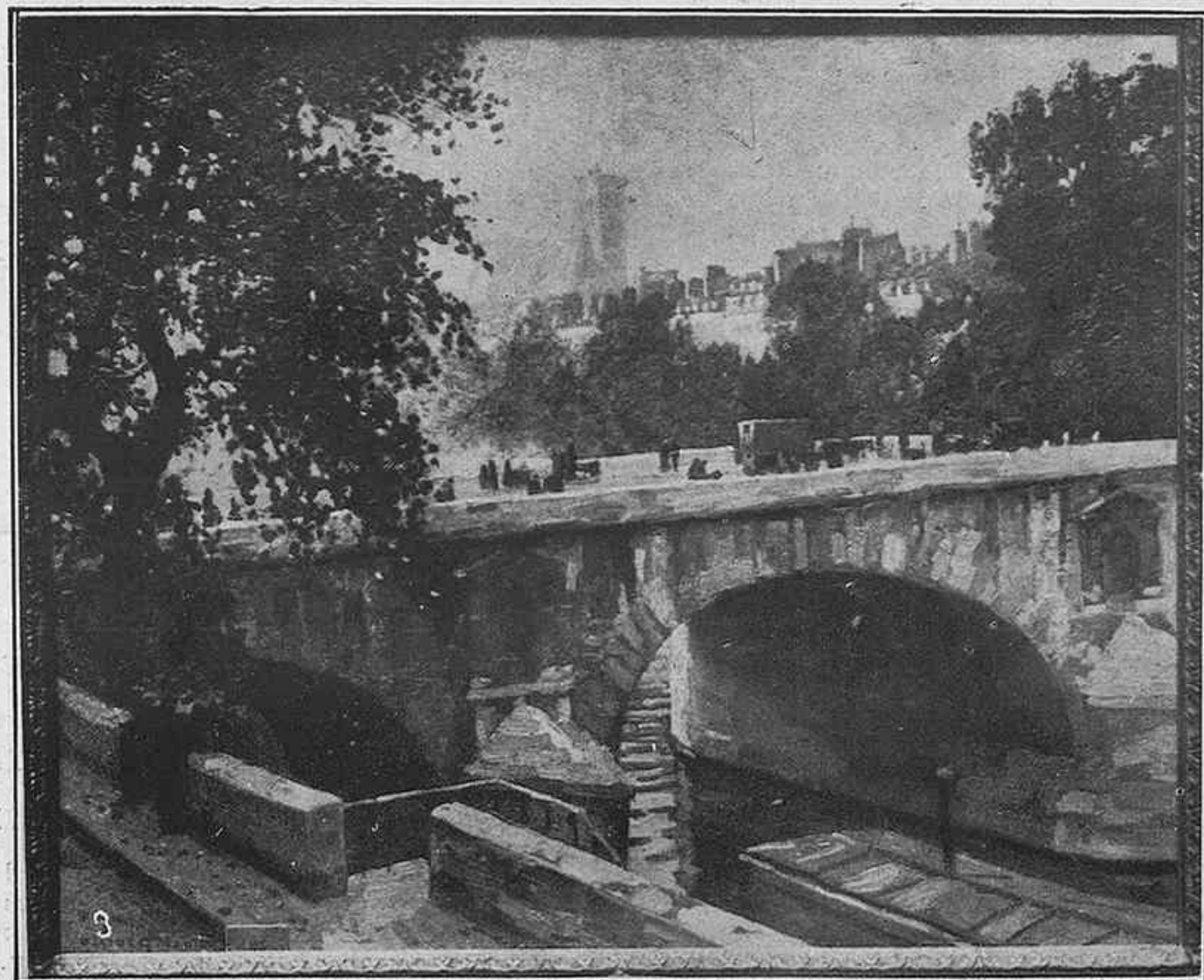


El conocido crítico de arte D. Rafael Doménech (1), de la comisión organizadora, leyendo el discurso en el acto de la inauguración, que fué presidido por la duquesa de Santcña (2), presidenta de la Junta de Damas patrocinadora del certamen, y por los Sres. Lambotte (3), director general de Bellas Artes de Bélgica, Sorolla (4) y Vázquez (5)



Vista de una de las salas de la Exposición

MADRID. - EXPOSICIÓN DE ARTE BELGA A BENEFICIO DE LOS ARTISTAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA
(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



1. - Retrato de señora, por Hernán Rechir. - 2. Retrato del poeta Emilio Verhaeren, por T. Van Risselberger. - 3. El puente Maria, en París, por Víctor Giesoul. - 4. Busto de joven, por Víctor Rousseau. - 5. Una calle de Nieuport, por Julián Celos. - 6. La iglesia de Upton Grey (Hampshire), por Emilio Claus, adquirido por S. M. el Rey.



La guerra europea. Los serbios en el frente de Salónica. — Soldados serbios construyendo alambradas en la falda de una cordillera a corta distancia de las posiciones ocupadas por los búlgaros

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Nada interesante ha ocurrido en este teatro de la guerra. Aparte de los usuales combates de artillería, los despachos oficiales ingleses sólo dicen que han realizado con éxito un *raid* en las trincheras enemigas de Gonnecourt y en los alrededores de Roancourt e Iprés, y han rechazado un intento de avance de los alemanes al Este de Beaumont-Hamel. Los partes franceses ni siquiera hechos de esta naturaleza mencionan.

En cuanto a los alemanes, límitanse a decir que al Sur del canal de La Bassée han penetrado en las trincheras inglesas y las han destruido, y que han rechazado ataques en el bosque de Apremont (frente del Mosa) y en el bosque de Saint-Pierre-Waast (frente del Somme).

Teatro de la guerra de Oriente. — Tampoco ha habido grandes operaciones en el frente ruso. Los rusos han rechazado ataques al Nordeste de Krevo, en el Stochod, al Nordeste de Smorgon y al Norte de Gispnew, en la región de los bosques de los Cárpatos; y al Noroeste de Riga las tropas exploradoras han llegado hasta las trincheras enemigas, apoderándose de varias ametralladoras y haciendo algunos prisioneros.

Los alemanes dicen únicamente que han rechazado a algunos destacamentos rusos que avanzaban cerca de Ozierki, en la parte superior del Styr.

Italianos y austriacos. — La misma calma que en los anteriores ha habido en este frente; sólo la artillería ha funcionado con alguna actividad.

En los Balcanes. — Todo el interés de la guerra está actualmente fijo en los frentes macedónico y rumano, en los que respectivamente avanzan los aliados en Servia y los austro-germanobúlgaros en Rumania.

Frente macedónico. — Los serbios siguen progresando al Norte de Monastir; han ocupado varios pueblos en la orilla occidental del lago Prespa, avanzando hasta las cercanías de Hotesovo; y han rechazado ataques al Norte de Monastir y contra las posiciones del Cerna.

Los italianos han penetrado también en Servia desde la Albania, ocupando algunas poblaciones.

Los austro-germano-búlgaros han rechazado intentos de avance de los serbios en algunos puntos del frente de Moglena; han rechazado ataques entre el lago Prespa y la orilla oriental del Cerna, en las posiciones al Este de Pralovo y finalmente un gran ataque desde Tirnovo hasta Makovo; han impedido avances parciales en este último punto y al Norte de Monastir; y dicen que los combates empeñados al Este del lago Ochrida han tenido por resultado la retirada del enemigo.

Frente rumano. — Los rumanos se han retirado de los valles del Oltu y del Jiul, retrocediendo hacia Kalimanesti y Krakovo; y en la región de Dragoslavele han rechazado algunos ataques. En la Dobruja, han ocupado varios pueblos, han realizado un avance, especialmente en el centro, y han rechazado intentos del enemigo para expulsarlos del istmo entre el lago Tasahul y el mar.

Los austro-germano-búlgaros procedentes de la Transilvania y mandados por Falkenhayn, han conquistado algunos

pueblos y alturas importantes a orillas del Oltu, se han apoderado de las importantes ciudades de Craiova, Orsova, Turnu Severin, Rimnik Valsea y Alexandria, y han empujado al ejército rumano de Orsova hacia el Sudeste, en donde otras fuerzas le han cortado la retirada; en tanto que el ejército que operaba en la Dobruja bajo el mando de Manckensen, ha pasado el Danubio por varios puntos y se ha puesto en contacto con el de Falkenhayn. Como resultado de estas opera-

dor, huyeron rápidamente después de haber disparado doce proyectiles, uno de los cuales solamente hizo blanco en el barco inglés, causándole ligeras averías. Según el parte alemán, los destructores bombardearon la plaza fuerte de Ramsgate y regresaron indemnes a su base naval sin haber encontrado rastros de la flota británica.

Grecia y los aliados. — Por orden del almirante Fournet han sido expulsados de Atenas los representantes diplomáticos de Alemania, Austria Hungría, Turquía y Bulgaria, los cuales, a pesar de sus protestas, fueron embarcados en el buque griego *Mikaly* y conducidos a Cavalla.

El propio almirante ha presentado al gobierno griego un *ultimatum* exigiendo la entrega de 10 baterías para el día 1.º de este mes y todo el restante material de guerra para el día 15, añadiendo que no admite discusión sobre estas demandas y que, de no ser atendido, tomará severas disposiciones.

EL NUEVO EMPERADOR DE AUSTRIA HUNGRÍA

(Véase el grabado de la página 777.)

El actual Emperador de Austria Hungría, que al subir al trono imperial adoptará, según parece, el nombre de Carlos VIII, nació en Persenburgo el 17 de agosto de 1887. Es hijo del archiduque Otón, sobrino carnal del difunto Francisco José I, nacido en Gratz el 21 de abril de 1865 y fallecido en Viena el 1.º de noviembre de 1906, y de la princesa María Josefa de Sajonia, que nació el 31 de mayo de 1865.

Fue proclamado heredero del trono a raíz del asesinato del archiduque Francisco Fernando, perpetrado en Serajevo el 28 de junio de 1914. Era general del ejército austriaco y últimamente mandaba un cuerpo que opera en el frente oriental; es, además, coronel honorario de varios regimientos austriacos, prusianos, sajones y bávaros, y está en posesión de las más preciadas condecoraciones de Austria, Prusia e Italia.

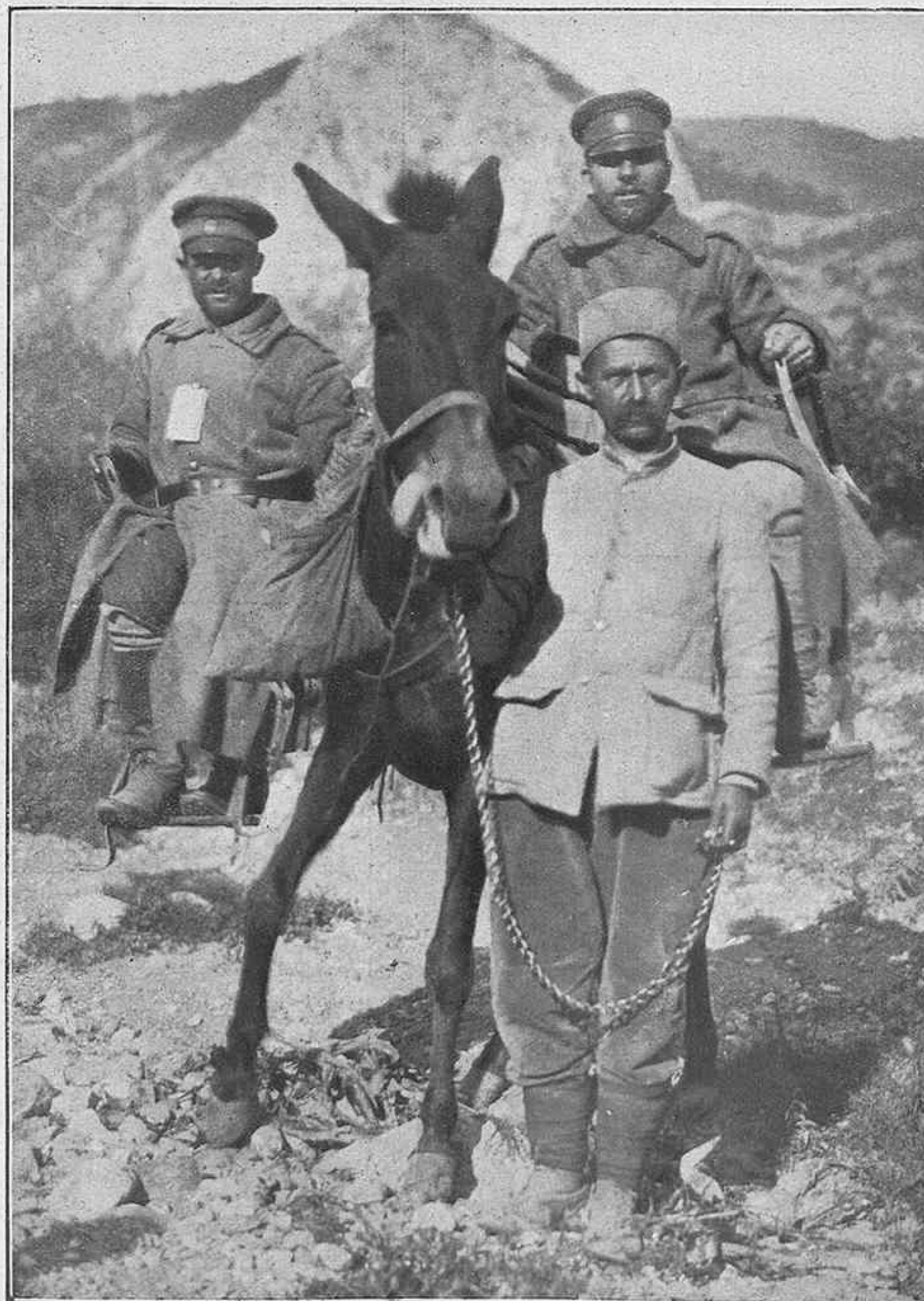
El 21 de octubre de 1911 contrajo matrimonio con la princesa Zita de Borbón Parma, hermana del actual duque Enrique de Parma y que hacía el número 11 de los dieciocho hijos que tuvieron los difuntos duques.

El que hasta ahora fue archiduque Carlos Francisco se ha conquistado el amor de sus soldados y de sus súbditos por su carácter franco y bondadoso; su tío, el emperador Francisco José I, le profesaba especial cariño.

También la actual emperatriz goza de universales simpatías por su bondad y por su sencillez.

Tienen los nuevos emperadores tres hijos: el archiduque Francisco José Otón, nacido en la quinta Wartholz el 20 de noviembre de 1912; la archiduquesa Adelaida, nacida en Hetzendorf el 3 de enero de 1914; y el archiduque Roberto Carlos Luis, nacido en Schoenbrunn el 8 de febrero de 1915.

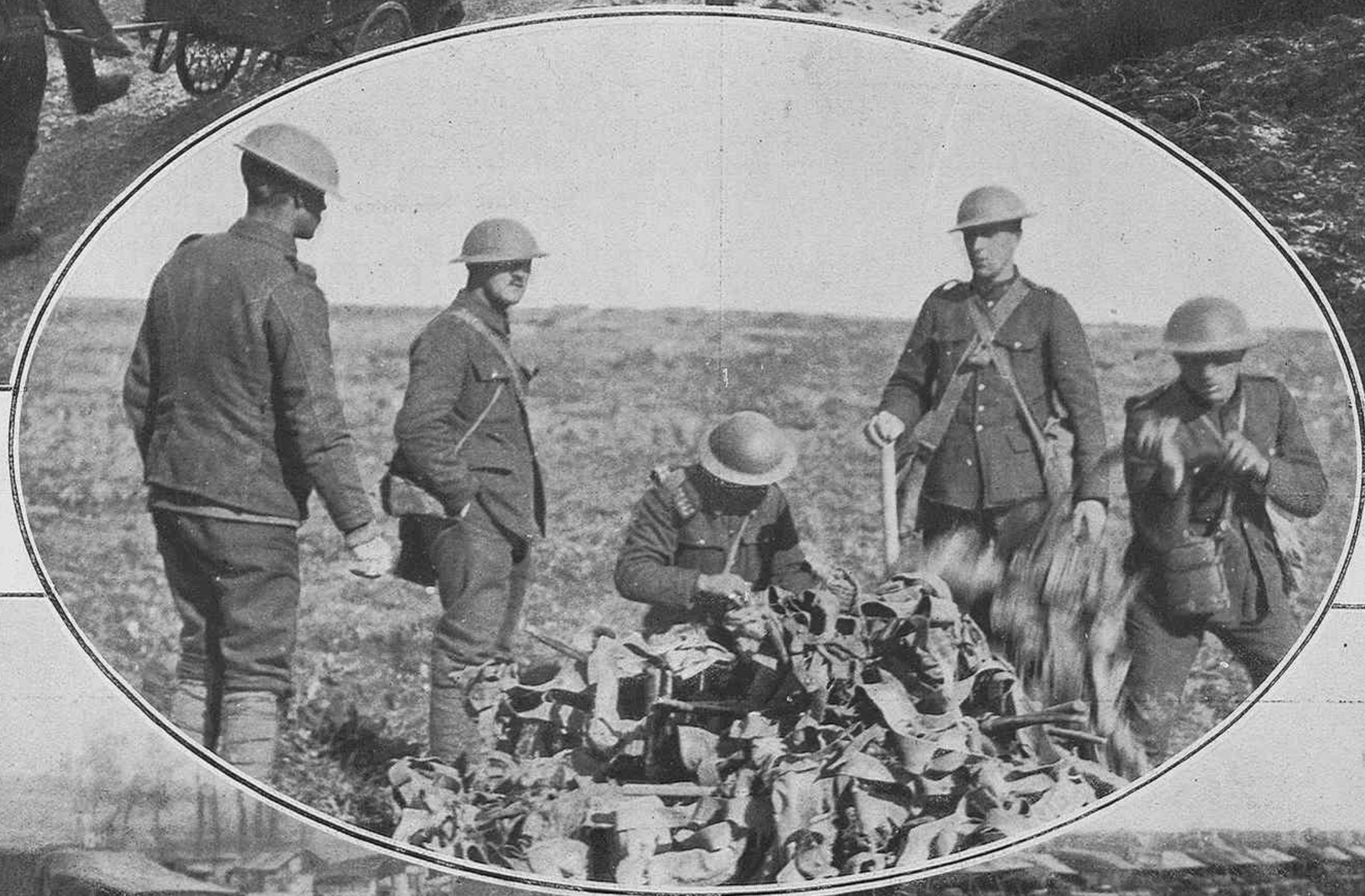
El nuevo Emperador tomó posesión del trono al día siguiente de fallecido Francisco José I y confirmó en sus cargos al presidente del Consejo y a todos los ministros. El mismo día dirigió una proclama a sus pueblos ofreciendo continuar la obra del difunto Emperador.



Prisioneros búlgaros heridos conducidos por soldados serbios al hospital de sangre (De fotografías oficiales remitidas por Central News.)

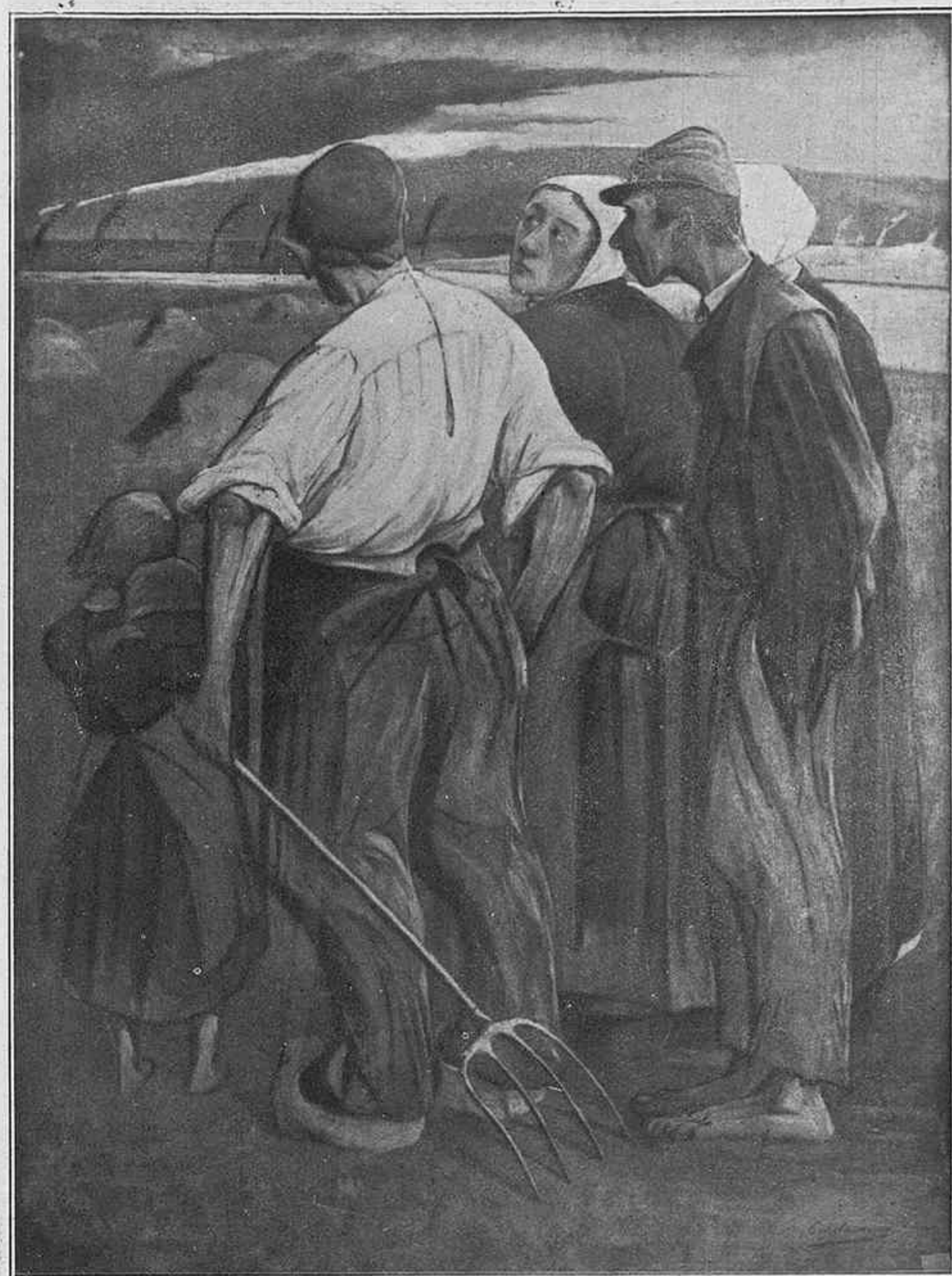
ciones, puede decirse que toda la Valaquia occidental está en poder de los imperios centrales y sus aliados búlgaros.

Guerra naval. — Varios destructores alemanes han efectuado un *raid* contra la costa de Inglaterra. Según el parte inglés, aquellos buques intentaron aproximarse a la extremidad Norte de los Downs; pero divisados por un buque explorador,



La guerra europea. En el frente inglés del Somme. - Soldados del regimiento de Middlesex regresando de las trincheras en pleno temporal de lluvia
Soldados recogiendo pertrechos militares después de una batalla. - Soldados del regimiento de Worcester dirigiéndose a descansar en las segundas líneas después de un combate
(De fotografías oficiales remitidas por Carlos Trampus.)

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Otoño, cuadro de Eugenio Laermans

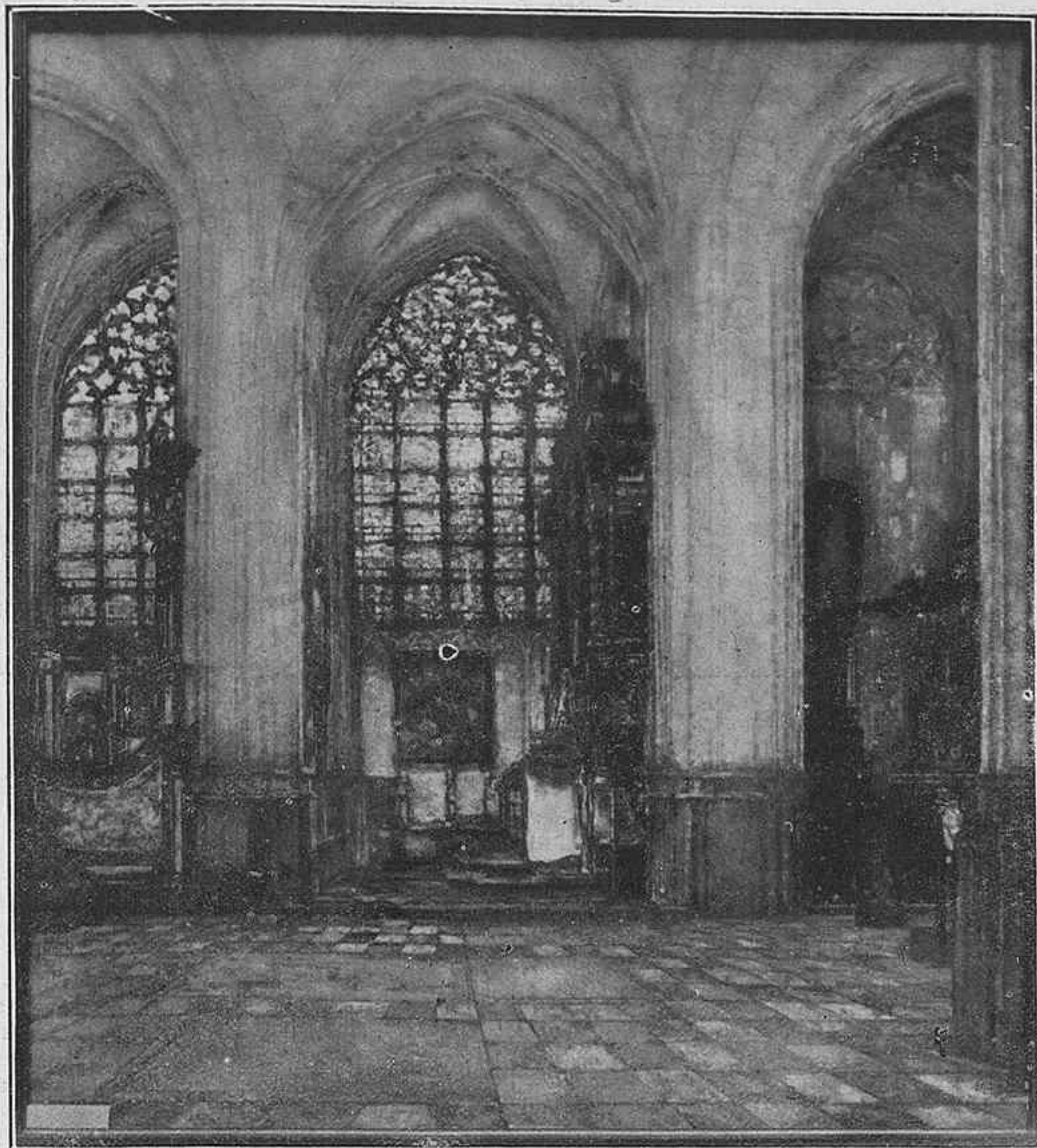


Estío, cuadro de Eugenio Laermans

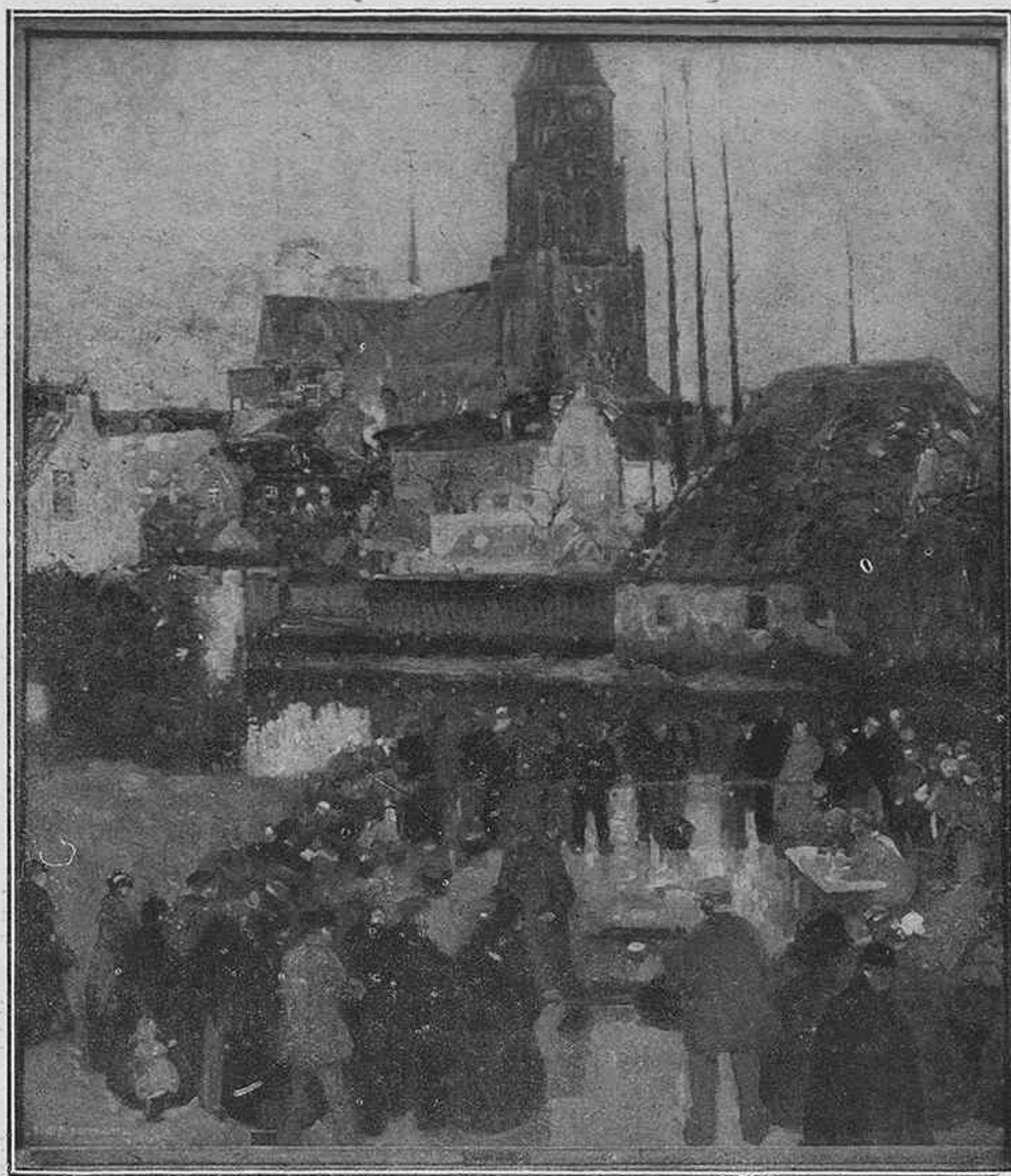


Trabajador del puerto de Amberes, escultura en bronce de Juné Dupon

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Capillas de la iglesia de San Pedro de Lovaina, cuadro de A. Delaunoy



Vista de Sierre, cuadro de Isidoro Opsomer



En espera, cuadro de Eugenio Laermans

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Conferencia de la Condesa de Pardo Bazán. - En «La Escuela del Hogar» ha dado la insigne escritora una importan-



La eximia escritora señora condesa de Pardo Bazán al salir de dar su conferencia en «La Escuela del Hogar»



Una escena del segundo cuadro de *El viaje del amor*, fantasía de espectáculo en un acto letra de los Sres. Parada y Jiménez música de los maestros Vela y Bru, estrenada con buen éxito en el Teatro Cómico

en Medicina y otra se dedica a la pintura y a la escultura, mientras el padre, que ha hecho vergonzosa abdicación de sus derechos, se emplea en los más humildes menesteres de la casa, sin perjuicio de correr ciertas aventuras amorosas que acaban por comprometerlo gravemente. De la hija artista se enamora un millonario, que se casa con ella; pero la madre, en su afán por tener clientes y perorar en el foro, la convence para que pida el divorcio. Y precisamente en la Audiencia la pintora se rinde reconociendo querer a su esposo, al mismo

sentación está hecha con mucha esplendidez y gran lujo. Chicote y Loreto Prado representan admirablemente sus papeles, muy bien secundados por las señoritas Franco, Aguilas, Carreras, Medero, Román y Ortiz y por los señores Soler, Aguirre, Ponzano, Peinador, Castro y Soler.

La comedia de Sabatino López, *Mario y María*, estrenada en Milán con clamoroso éxito ha sido arreglada a la escena española por los Sres. Tedeschi y Lepina y representada en el Teatro Eslava.

Mario y María son un solo personaje, María, joven millonaria que no vacila en vestir el traje varonil para alternar con varios artistas, y acaso también como protesta contra la suerte de la mujer pobre, porque antes de heredar su fortuna padeció los sinsabores de la pobreza. Un pintor amigo suyo le revela una aventura reprobable y ella se propone salvarlo, porque lo ama.

Este amor se va haciendo cada vez más manifiesto, revelándose en la hostilidad de María contra la mujer a quien el pintor ama; en la rudeza con que califica y responde su proceder vicioso; en el ansia por apartar de ella al hombre amado; en su dolor por la tardanza en conseguirlo, y finalmente en su indignación ante la rebeldía del artista contra las que él llama intromisiones de Mario.

De esta manera va evolucionando el carácter de María que acaba por dejar de ser en absoluto Mario, para no ser más que la muchacha apasionadamente enamorada.

Este sencillo argumento, dentro del cual hay un bello proceso psicológico, se desenvuelve en escenas de exquisitas tonalidades, llenas de gracia y de finura.

Los caracteres, en general, están bien observados y sostenidos; el de la protagonista, sobre todo, aparece pintado con sobriedad, con maestría, con mucha riqueza de matices y con gran naturalidad artística.

La comedia, en una palabra, es entretenida e interesante y está ingeniosamente escrita.

Catalina Bárcena hace una verdadera creación del personaje difícilísimo de la protagonista, expresando de una manera magistral los encontrados sentimientos que agitan su alma, y dando gran relieve al complejo papel de Mario-María. Concha Catalá y la señorita Garcés y los señores Codina, Collado, Aguirre, París y Tordesillas interpretan muy acertadamente sus respectivos papeles.

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Terceto del primer acto de *La mujer moderna*, opereta en tres actos del maestro Gilbert, estrenada con buen éxito en el Teatro de la Zarzuela

te conferencia sobre el hogar español en los actuales momentos.

Comenzó explicando el concepto que tiene del hogar moderno y el papel que en él ha de desempeñar la mujer, afirmando que lo primero que a ésta debe enseñarse es la idea de patria. Dijo que así como los deberes del hogar no incumben solamente a la madre, sino que también el padre ha de colaborar en la resolución del problema de la educación de los hijos, del mismo modo la madre debe ampliar su esfera de acción reclamando el ejercicio de todas las actividades sociales, de todos los derechos civiles y políticos.

Ocupóse luego concretamente del hogar español y de la necesidad de mantener encendido en él el fuego de las tradiciones, sin desdeñar, antes al contrario, adoptando los avances del progreso; y citó como modelo digno de imitarse el hogar alemán. Combatió el desmesurado afán de placeres que sienten las clases humildes y el mal gusto que invade los hogares con manifestaciones faltas de todo arte; recordó sus campañas en defensa de la clásica cocina española; y elogió la introducción de las plantas en el hogar.

Manifestó que no debemos ser demasiado pesimistas ni exageradamente optimistas, reconociendo que el hogar español ha mejorado mucho en higiene, comodidades, etc.

Terminó con párrafos bellísimos definiendo el concepto de hogar, que está en todas partes, donde hay entusiasmo, fe, ideal y ambición en la grandeza de la patria, que no puede ser urgencia de un momento crítico, sino algo que debe ser amado por sus hijos.

La eximia conferenciante fué objeto, al terminar su hermosísimo discurso, de una ovación entusiasta.

Novedades teatrales. - La opereta de Gilbert que con el título de *La mujer moderna* se ha estrenado en el Teatro de la Zarzuela, es una sátira contra las exageraciones del feminismo. Para lograr su propósito el autor nos presenta una familia en la que la madre ejerce de abogado, una hija es doctora

tiempo que su hermana, a quien hace el amor un primo, confiesa también querer a éste, imponiéndose al fin a todos el sentido común.

La acción de *La mujer moderna* da lugar a lances muy cómicos y a escenas en extremo divertidas y está avalorada por una música alegre, graciosa y elegante, en la que sobresalen un terceto del primer acto y un apasionado dúo y un duettino cómico del segundo.

En la ejecución sobresalen las señoritas Romo, Haro y Romero y los señores Peña, Parera, Gallego y Allen Perkins.

La revista de espectáculo *El viaje del amor* es, como todas las obras de su género, un pretexto para la exhibición de trajes y para hacer pasar al público una hora de grato solaz.

Su argumento se reduce a lo siguiente. El botones de la casa de confección de una modista tiene una novia con la que piensa casarse. Arrullado por tan gratos pensamientos se duerme y sueña con una estación del amor, en la que pueden tomarse billetes para el matrimonio o para viajes de recreo. Seducido por los consejos de un solterón emprende uno de estos viajes de placer, pero después de algunas aventuras, los guardias del amor lo prenden y lo conducen al palacio y tribunal del dios Himeneo que lo obliga a contraer matrimonio. En este punto, el botones despierta y la fantasía concluye.

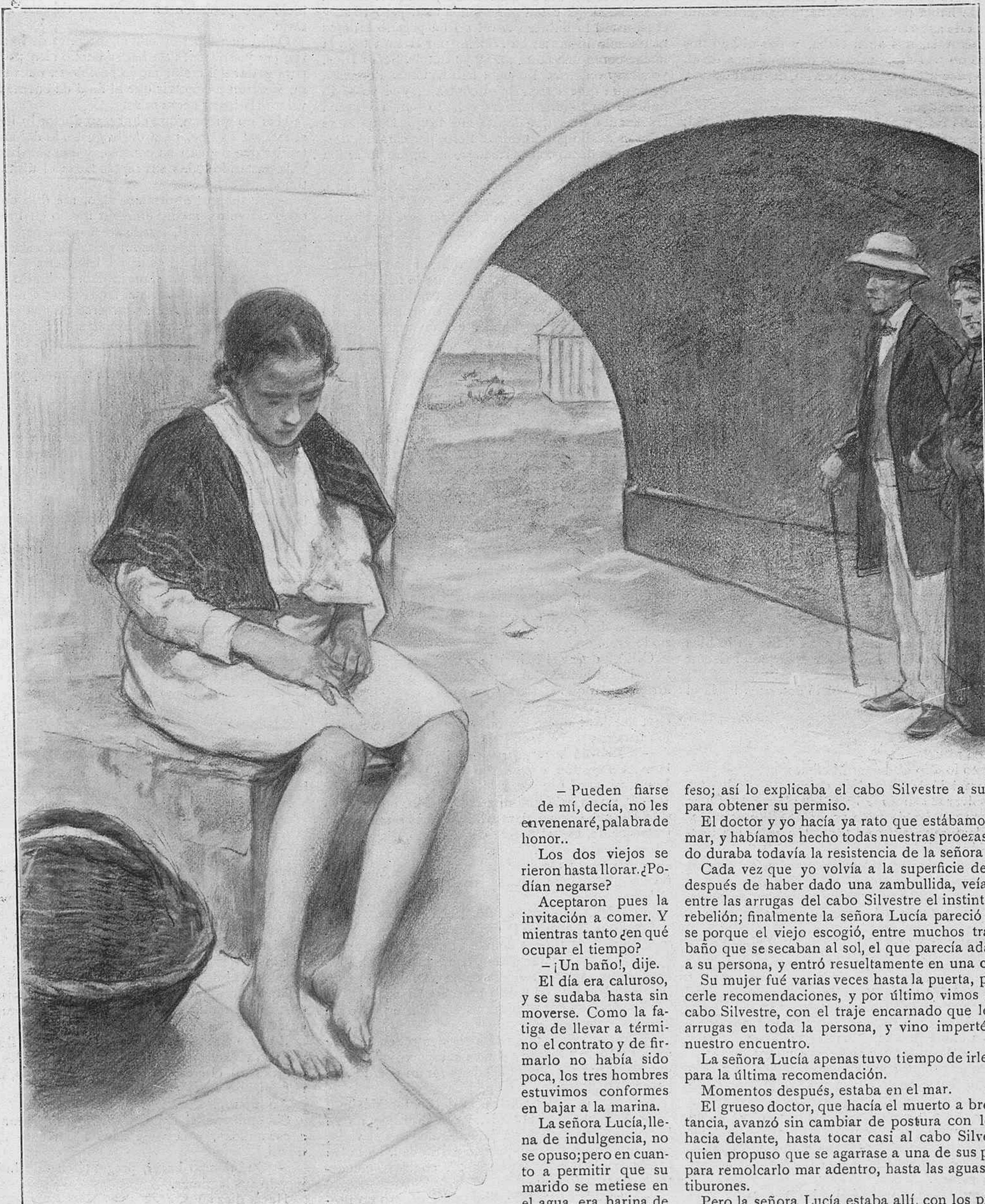
La música es ligera y juguetona y la pre-



La notable actriz D.^a Catalina Bárcena en el primer acto de *Mario y María*, comedia en tres actos de Sabatino López, arreglada del italiano por los señores Lepina y Tedeschi y estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava.

EL CABO SILVESTRE

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA



... vieron a una niña, andrajosa y descalza, sentada a a sombra de una pilastra

Pero el cabo Silvestre no quería volverse en seguida a Albissola; las setenta liras que llevaba en el bolsillo le habían vuelto fuerza y desenvoltura; además, el doctor Máximo quería que todos comiésemos con él en el restaurant; aseguraba a los dos cónyuges que no quería que muriesen en seguida.

en Savona más que un solo establecimiento de baños de mar, y no tenía todas las comodidades de hoy; pero había casetas, salvavidas, cuerdas atadas a boyas, calabazas, tablas de salvamento, algunas barcas y dos maestros de natación.

No era posible ahogarse, ni aun haciéndolo expro-

- Pueden fiarse de mí, decía, no les envenenaré, palabra de honor..

Los dos viejos se rieron hasta llorar. ¿Podían negarse?

Aceptaron pues la invitación a comer. Y mientras tanto ¿en qué ocupar el tiempo?

- ¡Un baño!, dije.

El día era caluroso, y se sudaba hasta sin moverse. Como la fatiga de llevar a término el contrato y de firmarlo no había sido poca, los tres hombres estuvimos conformes en bajar a la marina.

La señora Lucía, llena de indulgencia, no se opuso; pero en cuanto a permitir que su marido se metiese en el agua, era harina de otro costal, y aun tenía que discutirse.

Entonces no había

feso; así lo explicaba el cabo Silvestre a su mujer para obtener su permiso.

El doctor y yo hacía ya rato que estábamos en el mar, y habíamos hecho todas nuestras proezas, cuando duraba todavía la resistencia de la señora Lucía.

Cada vez que yo volvía a la superficie del agua después de haber dado una zambullida, veía nacer entre las arrugas del cabo Silvestre el instinto de la rebelión; finalmente la señora Lucía pareció rendirse porque el viejo escogió, entre muchos trajes de baño que se secaban al sol, el que parecía adaptarse a su persona, y entró resucitamente en una caseta.

Su mujer fué varias veces hasta la puerta, para hacerle recomendaciones, y por último vimos salir al cabo Silvestre, con el traje encarnado que le hacía arrugas en toda la persona, y vino impertérrito a nuestro encuentro.

La señora Lucía apenas tuvo tiempo de irle detrás para la última recomendación.

Momentos después, estaba en el mar.

El grueso doctor, que hacía el muerto a breve distancia, avanzó sin cambiar de postura con los pies hacia delante, hasta tocar casi al cabo Silvestre, a quien propuso que se agarrase a una de sus piernas, para remolcarlo mar adentro, hasta las aguas de los tiburones.

Pero la señora Lucía estaba allí, con los pies casi en el agua, de pie, atenta y serena, y el viejo fué prudente.

Al principio, hasta lo fué demasiado; se contentaba con asegurar que cuando era muchacho, sabía nadar, y que, probablemente, si osase...; pero no osaba.

Después osó. Con la condición de que permaneciésemos a su lado, dispuestos a pescarlo, él iba a probar de destacarse del fondo arenoso.

El agua tenía pocos palmos de profundidad, y prometimos solemnemente salvarlo aun a costa de la vida.

El cabo Silvestre probó y la prueba le salió bien. Fué un triunfo que hasta la señora Lucía aplaudió desde la playa.

¡Ojalá no hubiese hecho tal cosa!

Aplaudido por su mujer, el cabo Silvestre era capaz de hacer milagros; empezó a andar a nado, lentamente pero con seguridad, permaneciendo siempre donde había poco fondo, hasta cansar la inútil vigilancia de sus salvadores.

Nos permitía, nos aconsejaba, y por último nos rogó que no nos molestásemos ocupándonos de él.

— No pase usted cuidado por mí, decía al doctor, yo sé lo que me hago.

Y a mí me decía:

— Zambúllase, usted, caballero; diviértase usted; yo no corro ningún peligro.

Para contentarlo, yo me zambullía, recogiendo piedrecitas blancas en el fondo del mar, pero sin alejarme de él.

Sólo una vez me aparté, y ¡ay! me estremezco todavía al recordarlo, al volver a la superficie, después de una inmersión prolongada, miro a mi alrededor y no veo al cabo Silvestre, o mejor dicho, veo sus piernas que se agitan; su blanca cabeza había desaparecido.

Acudo, pero antes que yo llega, nadando a la marinesca, el doctor Máximo, y el viejo maestro de esgrima es repuesto en su posición natural.

Dame lástima con sus canas pegadas al cráneo y caídas sobre los ojos como canalones; pero no hizo ningún lamento.

Nos explicó cómo había pasado la cosa; se había imaginado poder tocar el fondo alargando el pie, había perdido el equilibrio y se había creído muerto. Su mayor turbación derivaba de la idea de su mujer.

¿Dónde estaba la señora Lucía?

Afortunadamente, tranquilizada por la desenvoltura de su viejo y por nuestra vigilancia, y echada por el sol que caía a plomo sobre la playa, había buscado la sombra de las casetas. En medio de bañistas de toda especie que iban a meterse en el agua, no había visto nada, y el cabo Silvestre respiró largamente.

— Ya había encomendado mi alma a Dios, dijo después riendo; y, a no ser por ustedes, la precaución hubiera sido inútil.

Esto diciendo, me miraba a mí. Mas yo le hice notar que no había hecho nada, porque el doctor Máximo había llegado antes.

El maestro de armas se volvió entonces hacia el grueso doctor y exclamó:

— ¡Usted!.. ¡Usted!

Dos veces.

Y nada más.

El resto lo dijo el doctor Máximo:

— ¡Toma! Hubiera podido dejar que se ahogase para resolver el asunto del vitalicio; la señora Lucía se hubiera muerto de pena en menos de una semana; no siempre se atina en todo. He aquí una buena ocasión perdida.

El maestro de esgrima se rió tan fuerte, que los ojos de todos los bañistas se volvieron hacia él, y la señora Lucía acudió a la playa para saber en seguida qué era lo que le había puesto de buen humor.

Él salió entonces del mar.

VI

Aquel día acabó alegremente.

Primero en la mesa, después en el coche de regreso a Albissola, luego en la callejuela donde el landó los había dejado, y hasta la puerta de casa Silvestre, el buen humor no decayó nunca.

Sin embargo, por ciertas nubes que habían aparecido a intervalos en la frente del viejo maestro de esgrima, por ciertos silencios suyos ocurridos durante la comida, y por otros indicios parecidos, yo no estaba tranquilo.

— ¿Cómo se sienten?, pregunté antes de dejarlos.

— Yo bien, contestó la señora Lucía.

Y era verdad.

— Yo muy bien, contestó el cabo Silvestre.

Y quizás era mentira.

Hasta el grueso doctor barruntó la cosa, pues quiso tomar el pulso a los dos cónyuges antes de darles las buenas noches, y me dijo a mí al volvernos a casa:

— ¡Ello es capaz de costarle una enfermedad al cabo Silvestre! El viejo tiene el pulso frecuente y fuerte; a su edad, no es buen indicio.

— Quizá sea el vino, dije.

Y él repitió:

— Quizá sea el vino.

Era el mal augurio.

A la mañana siguiente, el cabo Silvestre estaba realmente malo.

La señora Lucía me mandó a llamar en seguida.

Acudí, y encontréme con que el grueso doctor había llegado antes que yo.

— Ha venido a ver el efecto de su brujería, me dijo la vieja cogiéndome aparte; sabe Dios lo que le hizo beber en la comida; hasta yo me siento toda trastornada. ¿Y usted no? Menos mal; pero yo sí, y él ¡si usted lo hubiese visto! no ha pegado los ojos ni un solo instante; ha andado por la casa toda la noche como una fantasma, y yo detrás, Señor Dios, yo siempre detrás. En cada habitación se detenía a decir que quería romper el contrato; y si yo se lo hubiese impedido, hubiera echado por la ventana las setenta liras que le dió ese brujo. Después se calmó y acabó por dormirse. Pero, por caridad, despida a ese doctor; si permanece aquí, me lo acaba de matar.

— Por caridad, dije a la vieja, cálmese usted, si no, enfermará también, y entonces...

— Seguramente que también enfermaré yo; el grueso doctor lo sabe, es lo que él quiere. Pues bien, contentémosle y punto concluido.

Entré en el cuarto del enfermo; el doctor Máximo no era el mismo; la acogida que le había hecho la vieja, y la obstinación del maestro de esgrima en tener los ojos cerrados como si estuviese a punto de expirar, le tenían en una situación apurada y violenta.

— ¿Han mandado a llamar a un médico?, dijo apenas me vió; me parece que no es nada grave; el baño ha producido un enfriamiento; el enfriamiento ha producido una indigestión, y ambos un poco de fiebre; yo la explico así; la fiebre ha pasado, y estoy seguro de que, dentro de dos días, el cabo Silvestre vendrá a buscarme para propinarme cuatro pinchazos. Me marcho y mandaré yo mismo al médico de Albissola.

Se fué, y en seguida el cabo Silvestre abrió los ojos, y se me excusó con lamentable acento:

— ¿Qué quiere usted?, dijo; he contado todas las horas de la noche; tenía una piedra enorme, una montaña, el doctor Máximo, sobre el estómago. Sé muy bien que él no tiene culpa; la comida que ayer nos dió era buena, demasiado buena quizá, y yo abusé; pero no creo que hubiese querido atentar contra nuestros días ocasionándonos una indigestión..., esto no lo creo.

Calló, porque el hablar le causaba fatiga; y la señora Lucía aprovechó aquel silencio para decirme, arrepentida, que ella tampoco lo creía.

— Pero ¡Dios santo!, exclamó en conclusión; es cosa del destino; ese contrato con la muerte no debió hacerse.

— No debió hacerse, repitió el cabo Silvestre; ni la mala digestión, y sin embargo yo la hice. ¿Tú no, Lucía, ni usted tampoco?

— Si no es más que una indigestión, mi querido don Miguel, dije yo, dentro de dos días estará usted restablecido, con el florete en la mano, dispuesto a dar razón al doctor Máximo.

— ¡Ah, el doctor Máximo!, murmuró el viejo; eso dice él, pero si me muriese, se alegraría...

— No lo creo.

— ¿Usted no lo cree? ¿Y tú, Lucía?

La señora Lucía no lo creía tampoco. Le parecía que, aunque le trajese cuenta el ver morir al cabo Silvestre y a su mujer detrás, como prometía hacerlo, el grueso doctor hubiera concedido de buena gana algunos meses de vida a los dos cónyuges.

Esta opinión consoladora pareció dar un poco de alivio al enfermo.

— Yo moriré pronto, decía él; siento que no voy a vivir mucho tiempo; y Lucía tampoco vivirá mucho tiempo; pero que nos deje gozar un poco; no le pedimos demasiado.

Esta era, en el fondo, la idea del doctor Máximo.

Le encontré por la tarde, y me dijo que no se hacía una idea clara de la enfermedad del viejo, pero que temía mucho, porque a su edad, hasta las indigestiones pueden ser fatales. Y concluyó con estas mismas palabras:

— Yo saldría ganando, si muriesen; pero no pretendo tal cosa ni la espero ni la deseo; le juro a usted, caballero, que no la deseo.

¿Qué necesidad tenía de jurármelo?

— Verdaderamente, sería demasiado pronto, dije yo.

— ¡Claro que sería demasiado pronto! Vivan y gocen, no digo cuánto tiempo, porque no me toca a mí decirlo; lo que digo es que vivan y gocen.

Esto diciendo abrió los brazos como un bienhechor.

El cabo Silvestre aprovechó la licencia que le daban y curó al día siguiente.

Tres días después estaba en la sala de esgrima pronto a propinar tajos y estocadas a cualquiera que se hubiese presentado.

VII

Vi casi todos los días a los dos viejos durante el último mes de la temporada de baños, y no me pareció que pensasen en la muerte más de lo necesario.

Quizá pensaban en ella algo menos de lo necesario, porque después de haber hecho cien proyectos para gastar del mejor modo posible su nueva riqueza, vinieron a concluir que al final de cuentas quizá valía más hacer economías.

Mas no querían que el grueso doctor lo llegase a saber; así es que, para darle gusto, le daban a entender que seguían su consejo, y que gozaban de la vida gastando todas sus rentas hasta el último céntimo.

— Si sabe que ahorramos algo, me dijo un día el cabo Silvestre, medio en serio medio en broma, lo puede tomar a mal, puede creer que tenemos la intención de vivir demasiado; y esta intención la tenemos, pero no se lo diga usted, caballero.

Pero con la nueva riqueza había entrado en casa de Silvestre una idea vieja, largo tiempo acariciada y rechazada a la postre: proveerse de una criada.

La señora Lucía verdaderamente se fatigaba demasiado en el cuidado de la casa, y más obstinándose en hacer la guerra a las telarañas, hasta en las más hiperbóreas regiones de la vivienda, y en lavar los suelos cada sábado.

No hubiera cedido el gobierno de los fogones, que después de todo no le daba mucho que hacer, y esto se comprende, ni a su buenísima madre, si ésta hubiese vuelto al mundo; y a la compra siempre hubiera ido ella, porque las criadas son gente que cuando no roba se deja robar fácilmente por la verdulera o por el carnicero; pero la escoba y el estropajo, los hubiera puesto de buena gana en manos de una persona fiada.

Había de ser una persona madura, porque las muchachas tienen siempre la cabeza llena de grillos; y si son algo guapas y buenas, se granjean la voluntad de los amos, y luego los plantan por el novio.

Por consiguiente, la señora Lucía no estaba dispuesta a tomar una muchacha; pues los dos viejos no querían sufrir otra vez lo que ya habían sufrido.

— ¿Qué habían sufrido?

Nuestra amistad había llegado al punto de admitir todas las confidencias.

En la vida pasada de los esposos Silvestre había quedado un secreto, y aquel secreto se llamaba Rosita.

Yo lo había adivinado.

Puesto en el caso de solicitar la confidencia, lo hice con este único nombre:

¿Rosita?

Sí, Rosita, la hija adoptiva de los pobres viejos, la que éstos lloraban como muerta, y que probablemente estaba peor que muerta; Rosita.

Sí, la huerfanita recogida en casa, que tan hermosa y agradable se hizo al suave calor de las caricias y de los besos; Rosita, la rubia, que hacía padecer a toda la guarnición de Pinerolo; Rosita, que un día se dejó engañar por un oficial de caballería, y cuando el regimiento partió, se fué con él, excusándose con los viejos en una carta de cuatro líneas; Rosita, el amor y el dolor de sus padres adoptivos.

Me contaron todo esto de un tirón, alternando, quitándose mutuamente la palabra de la boca, y excusándose uno con otro.

Pero no había razón alguna para seguir llorando por una pícara que los había olvidado. Se les había endurecido el corazón, y hacía ya tiempo, mucho tiempo, que no se acordaban de ella.

Así dijeron.

Sin embargo, el cabo Silvestre se fué para llorar a escondidas, y la vieja lloró libremente delante de mí.

— ¿Qué tiempo hace?, pregunté cuando hubo enjugado sus lágrimas.

Hacía diez años.

¿Y no habían vuelto a tener noticias de la desgraciada?

Quizás había muerto.

La señora Lucía encomendaba a Dios, mañana y tarde, el alma de la ingrata.

Ahora, ambos esposos querían vivir alegres; por esto no volverán a cometer el despropósito de meterse una muchacha en casa.

Pero el instinto pudo más que la voluntad en los esposos Silvestre.

Eran dos viejos buenos, amigos de la infancia; en la calle, aun en los días tristes, cuando veían a uno de esos niños rollizos y rosados, que a los ciudadanos de Albissola les salen aún mejor que sus cacharros, lo cual no es poco decir, se detenían para acariciarlo.

Desde que eran ricos, llevaban siempre en el bolsillo un caramelo o un bombón de chocolate, para hacerse querer más.

Sucedió que un día, bajo los arcos del puente, donde el mar arroja de vez en cuando una ola de misericordia a los pobres peces desterrados, vieron a una niña andrajosa y descalza, sentada a la sombra de una pilastra.

Le preguntaron por qué estaba allí y supieron toda una historia de dolor; estaba allí porque tenía una tía anciana en Celle, que todas las mañanas la mandaba a pie hasta Savona a vender pescado.

Aquel día también lo había vendido, pero había perdido el dinero y había venido hasta allí llorando. Ahora ya no lloraba.

— ¿Qué dirá tu tía?, le preguntó el cabo Silvestre.

— Me pegará, contestó la niña; ¡es tan pobre!

Parecía que, al expresarse así, quería justificar los golpes que iba a recibir.

El cabo Silvestre y su esposa se miraron llenos de compasivo interés.

— Llevarás el dinero a tu casa, dijo la señora Lucía, y tu tía no te pegará.

Entonces la niña alzó por primera vez los ojos para mirar a la vieja, que hablaba como las buenas hadas en las historias de ogros y niños.

Eran los ojos negros y grandes la única belleza de la niña, que tenía trece años, y apenas parecía tener once, a causa de la flaqueza y miseria en que había vivido.

Se llamaba María.

Ocho días después, con el consentimiento de la tía de Celle, María vino a Albissola a llenar de alegres cantares la casita blanca de los esposos Silvestre.

Era una buena muchacha, nada perezosa, que obligó a la batería de cocina a brillar como si fuese oro, lavó los suelos de todas las estancias, destruyó las telarañas y puso en fuga a las arañas con la escoba; en suma, hizo todo lo posible para hacerse apreciar.

Pero el cabo Silvestre y su mujer estaban preparados; no recaían en la simpleza de poner afecto en las muchachas.

Cierto es que María era fea, y se podía creer que se hallaría siempre algo distante de ciertos peligros; pero nunca se sabe; ¡se han visto tantos casos!

— No nos apegaremos mucho a esta chica; me decía la buena señora; le haremos bien sin quererla demasiado, por caridad de cristianos bautizados; la enseñaremos a leer, escribir, hacer cuentas y recitar oraciones, porque su desdichada tía no le ha enseñado nada.

Lo mismo prometía hacer el cabo Silvestre, el cual estaba todavía más seguro de su firmeza, pues había conservado bajo su canas, en un rincón del cerebro, una chispa de amor por la belleza en todas sus formas, sin excluir, ni mucho menos, la forma femenina.

Y María tenía a sus ojos un grave defecto, gravísimo en Albissola: el de ser feilla.

Así las cosas, una lluvia septembrina anunció que la estación de baños había concluido y me indujo a marcharme.

Habíamos quedado los últimos, entre los bañistas, el doctor Máximo y yo, y abandonamos Albissola el mismo día, él con el tren de Savona y yo con el de Génova, prometiendo a la marina, a los cacharros nuevos colocados a derecha e izquierda del camino, a los esposos Silvestre y a nosotros mismos ser los primeros en volver el otro año.

VIII

Y lo que sucede, después de tantas promesas hechas al prójimo y a mí mismo de volver a Albissola, el año siguiente fui a la montaña; a dos mil metros sobre el nivel del mar.

Pero quizás allá arriba también prometí demasiado solemnemente a las cimas, a los glaciares, a los halcones, al prójimo y a mí mismo, porque el año sucesivo sentí la necesidad prepotente del mar de Albissola.

Volví en julio, cuando aun no había llegado ningún bañista, y al menos en esto mantuve la promesa de dos años antes.

La playa era tal como yo la había dejado; sólo que un señor de Albissola había hecho plantar allí su caseta de madera y Jerónimo venía de vez en cuando a echar un vistazo por dentro con el pretexto de echar de allí a los pilluelos que solían jugar a

cartas, pegarse y cometer otros pecados mortales, pero, en realidad, porque tenía una secreta necesidad de ver y tocar cómo la caseta estaba hecha, tomar sus tres dimensiones con exactitud, y argumentar su coste mínimo.

Y pocos días después, el valiente Jerónimo, que había dado dos veces la vuelta al mundo, se puso en regla con la autoridad competente por lo que tocaba al permiso, y plantó a su vez dos casetas de baños.

Esto fué un acontecimiento memorable, y Jerónimo aun cuenta hoy complacientemente que los habitantes de los tres Albissolas fueron a la playa a admirar su arriesgada empresa.

Jerónimo, marino franco y enemigo de toda metáfora equívoca, explica después que los habitantes de los tres Albissolas no vinieron todos juntos; pero que, de dos en dos, de tres en tres, de cuatro en cuatro, vinieron seguramente todos.

Apenas llegado a Albissola, me encaminé, no sin temblar un poco, a la casita blanca.

No había tenido noticias de mis viejos amigos, porque como éstos pertenecían más a Albissola superior que a Albissola de mar y vivían retirados, me parecía que mi patrona no debía conocerlos, y también porque no lograba vencer un secreto temor de recibir de ellos alguna mala noticia.

En el camino, sentía yo la necesidad de decirme a mí mismo que había dejado a los dos viejos en buen estado de salud, e iba recordando sus proezas seniles, su buen humor, el nuevo desahogo de su vida y por último la alegría saludable que debían haber introducido en la casita blanca los cantares de María.

Pero aun después de haber recordado todo esto, no tenía el ánimo completamente libre del miedo de ver salirme al encuentro a la puerta la mole del doctor Máximo.

Las primeras voces tranquilizadoras me las envié de lejos María a través de las ventanas abiertas de la cocina. Eran las voces de una melancólica canción de amor, en que ella ponía algo de su alma alegre.

María me reconoció antes de que yo hubiese dejado la carretera, donde la casa se pierde un momento de vista; así es que, antes de llegar, oí correr por toda la vivienda mi título de caballero, repetido con altos acentos; y poco después los dos viejos se hallaban en la puerta, él con los brazos abiertos, y ella con las manos juntas como para dar gracias al Eterno.

Estaban flacos, como siempre, y, como siempre, tenían la cara arrugada, pero sonreían como nunca les había visto sonreír, con la placidez de personas contentas.

No tardamos en hablar del doctor Máximo. Yo les pedí noticias de él, al mismo tiempo que ellos me las pedían a mí; sólo que yo dije: *¿Sabéis algo del doctor Máximo?* y ellos dijeron: *«¿Ha sabido?...»*

— ¿Qué debía haber sabido yo?

— Que había sufrido un accidente.

— ¿Es posible?, exclamé. ¿El doctor Máximo?

— El mismo.

— ¿Y ha muerto?

No, había curado perfectamente; sólo tenía muerto el brazo izquierdo.

Los dos viejos me aseguraron que daba pena el verlo; daba mucha pena ver lisiado a un hombre tan joven y tan robusto.

Había sufrido el accidente en Turín, el año anterior; después de una comida de bodas, a la cual había sido convidado: quizá había comido y bebido demasiado; pero ya se veía que el hombre estaba amenazado de algún mal, porque estaba demasiado gordo.

No engorda uno impunemente, aunque sea doctor en medicina; ésta era la opinión de los esposos Silvestre, que se habían conservado flacos.

Después del accidente, el doctor Máximo se había ordenado la cura hidropática en Andorno, antes de los baños de mar. Por esto no había venido a Albissola hasta mediados de agosto.

Parece que la cosa fué mucho más grave, al principio, y que en Andorno el grueso doctor no podía andar; el agua dulce le había reforzado la pierna; el agua salada debía reforzarle el brazo.

Pero no fué así; el mar le alivió poco, quizá porque ya no podía nadar.

Había reticencias en sus palabras; puestos en un aprieto, me lo dijeron todo en cuatro palabras.

— Ha cambiado un poco.

— ¿De humor?

— Sí, un poco.

Dicho de aquella manera, un poco significaba muchísimo.

El cabo Silvestre, en conclusión y para desembarazarse de un argumento nada alegre, dijo que si el grueso doctor hubiese practicado siempre la esgrima de punta y de filo dos horas antes de comer, no hubiera engordado al extremo de comprometer su salud.

— ¡Basta! ¿Pero usted está bien, caballero?

— ¿Y María?

Esta se había presentado dos veces en la puerta; mas no se había atrevido a colarse entre nosotros, porque estaba yo.

Al oír su nombre, acudió presurosa, y preguntó si la habíamos llamado.

Era tal como yo la había conocido; aunque estaba ya hecha una mujercita, conservaba su carácter alegre, su buen corazón, y su única belleza, sus grandes ojos inteligentes y negros.

Cuando entró, cuando contestó a mis preguntas, cuando preguntó graciosamente si necesitábamos algo de ella, y cuando se volvió saltando para reanudar en la cocina la canción de las recolectoras de aceitunas, me pareció ver en los arrugados rostros de mis amigos la llama del amor.

El cabo Silvestre me advirtió que yo estaba en un error.

— Hemos tomado nuestras precauciones, me dijo; no nos hemos dejado coger en la red, ¿verdad, Lucía? Eso sí, la pobre muchacha se porta bien; todo lo hace; es hacendosa, buena, juiciosa, sin grillos en la cabeza, y muy afectuosa; se arrojaría al fuego por nosotros, sobre todo ahora que se le ha muerto la tía de Celle, la que le pegaba; y no le queda nadie a quién querer. Pero no volveremos a las andadas. No es que no le tengamos afecto..., dilo tú, Lucía.

— No es que no le tengamos afecto, prosiguió la señora; la queremos como se quiere al prójimo; hacemos por ella lo que podemos... ¿comprende usted? El vestidito de percal que lleva, se lo regalé el día 8 de septiembre, el día de su santo. Le parecía mentira que tuviese su fiesta onomástica y que recibiese regalos. Pero no podemos quererla como merece; hemos sufrido demasiado una vez, y ahora ésta paga por la otra. ¡La justicia del mundo, caballero!

Ella suspiró y yo me sonreí.

— ¿Ha visto usted?, añadió; hasta ha embellecido, ¿no le parece? Mi marido, que antes no quería convenir en ello, ahora dice también que se pone guapa. ¿Usted qué dice?

Mi contestación contentó a la vieja, pero no pareció del todo sincera al cabo Silvestre, quien tenía aún ciertas dudas sobre la futura belleza de María.

Bien considerado todo, yo argumenté que María había entrado en el corazón de sus bienhechores. Y había entrado a la luz del sol, cantando fuerte como para decir: «Aquí estoy»; y quizá de esta manera había podido eludir mejor la desconfianza que hacia de centinela.

El doctor Máximo llegó pocos días después.

¡Oh!, ¡cuánto había cambiado!

Me encontraba una mañana temprano en la playa, cuando él, en traje de punto y con un sombrero de paja en la cabeza, salía de una de las dos casetas de Jerónimo para meterse en el agua.

Era todavía alto y grueso como antes, pero su paso no tenía la antigua firmeza, y el brazo izquierdo le colgaba inerte a lo largo del costado.

Se volvió para observar si alguien le veía, me vió, y quiso alargar los brazos como hacía dos años atrás; pero no le obedeció más que un brazo, el otro apenas se movió.

En seguida me refirió su desgracia, las curas a que se había sometido y las ventajas que de ellas había obtenido.

Iba mejorando.

De las corrientes eléctricas recibidas con constancia durante todo el mes de junio había logrado algo, y me lo explicó.

— Vea usted, me dijo; antes no podía mover el brazo herido; ahora ¿ve usted?, lo nuevo y puedo meter la mano en el bolsillo.

Pareció hacer un gran esfuerzo, pero realmente logró separar el brazo izquierdo del costado y levantarlo un poco; lo cual hubiera sido bastante para meterse la mano en el bolsillo de la americana, si la hubiese llevado puesta.

Pareció alegrarse de verme y de poder hablar de su enfermedad a uno que le había conocido en mejores tiempos, cuando él era un hombre poderoso.

— ¿Se acuerda?, me dijo apenas estuvimos en el mar; yo nadaba como un pez; podría nadar con un brazo solo, pero no me fío de mí; sin embargo, todavía hago el muerto; vea usted.

(Se continuará.)

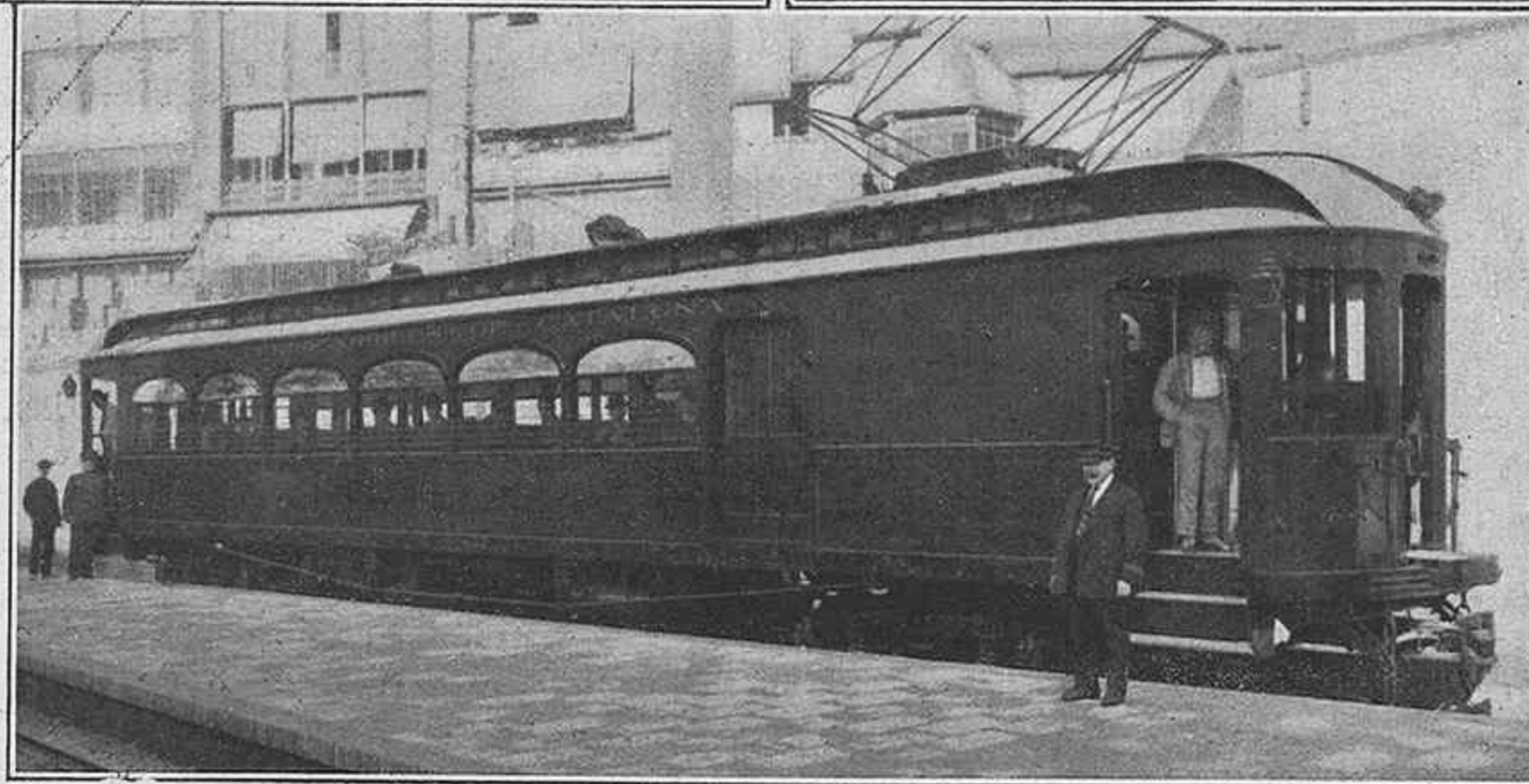


Interior de un vagón de primera clase

Interior de un vagón de segunda clase

BARCELONA.-EL FERROCARRIL A LAS PLANAS DE VALLVIDRERA

Hace pocos días se ha efectuado la inauguración oficial del ferrocarril de Barcelona a Las Planas de Vallvidrera, cuyo recorrido es de 9 kilómetros 359 metros, correspondiendo de esta distancia 4 kilómetros 694 metros al trayecto de Barcelona a Sarriá y 4 kilómetros 665 metros al de Sarriá a Las Planas. En este último trayecto se pasan cuatro túneles, uno de 199 metros, otro de 364, otro de 172 y otro de 1 kilómetro 665 metros que atraviesa en toda su extensión la montaña de Vallvidrera. Se calcula que el recorrido total podrá hacerse en 25 minutos.



Material del nuevo ferrocarril de Barcelona a las Planas de Vallvidrera, que ha sido inaugurado recientemente. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

La compañía cuenta para la explotación de esta línea con un magnífico material compuesto de dos

500 caballos. El conductor va situado en una cabina completamente aislada en la plataforma y desde allí domina tres frenos: uno de aire comprimido, otro eléctrico y otro de seguridad que invierte la marcha de los motores en caso de peligro.

Para mayor seguridad de los viajeros, hay, además, un control automático que durante la marcha ha de dominar el conductor y que, en caso de distracción o de urgencia, se dispara dejando al coche sin corriente eléctrica y parado.

Los coches tienen freno de alarma y caloríferos eléctricos y en los de primera hay *water-closet*.

La iluminación está alimentada por el cable general de donde toma la corriente el convoy para la marcha y por medio de baterías de pilas a fin de que no falte la luz en caso de avería.

EL DR. DOYEN

Este eminente cirujano nació en Reims el año 1859 y en su ciudad natal, al mismo tiempo que

Tomó parte activa en varios congresos científicos y en el de Moscu, de 1897, figuró como presidente de honor en la sección de Ginecología. Era *Doctor of law* de la Universidad de Edimburgo y deja escritas varias obras notables, entre ellas el importante *Tratado de terapéutica quirúrgica y de técnica operatoria*.

MADRID.-ESTRENO DE «LAS SUFRAGISTAS»

Los señores Corrochano y Murrieta no se han propuesto con su comedia otra cosa que hacer reír al público y preciso es reconocer que han conseguido su propósito.

En *Las sufragistas* abundan las escenas y los incidentes cómicos; los tipos son graciosos y el diálogo está plagado de chistes más o menos espontáneos, pero que provocan la risa de los espectadores.

Al buen éxito que ha tenido la obra ha contribuido en gran parte la interpretación que de ella



El eminente cirujano francés Dr. Eugenio Doyen, fallecido en París el día 21 de noviembre último. (De fotografía.)

coches de primera y segunda, ocho de segunda o de segunda y tercera, tres vagones de carga y algunos con furgón para equipajes.

Los trenes estarán formados generalmente por tres unidades y su velocidad será de 80 kilómetros por hora, pudiendo llegar hasta 100, para lo cual dispone la compañía de una corriente de 600 voltios hasta la entrada del túnel de Vallvidrera, y desde allí hasta el final, de 1.200.

Los coches, construidos en los talleres Pullman, de Filadelfia, pesan 47 toneladas, están lujosamente instalados, según puede verse en los grabados adjuntos, tienen cuatro ejes y van provistos de cuatro motores de 125 H. P. cada uno, o sean, en junto,



Madrid.-Una escena de *Las sufragistas*, comedia de los Sres. Corrochano y Murrieta, estrenada con buen éxito en el Teatro Príncipe Alfonso. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

atendía a una numerosa clientela, dedicóse a interesantes investigaciones experimentales sobre el cáncer y a ingeniosos ensayos micrográficos.

han hecho las señoras Gómez y Sampedro y los señores Fuentes, Alaiz, Olóza, Ozores, Povedano y Valle.

MADRID. - EXPOSICION DE ARTE BELGA A BENEFICIO DE LOS ARTISTAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



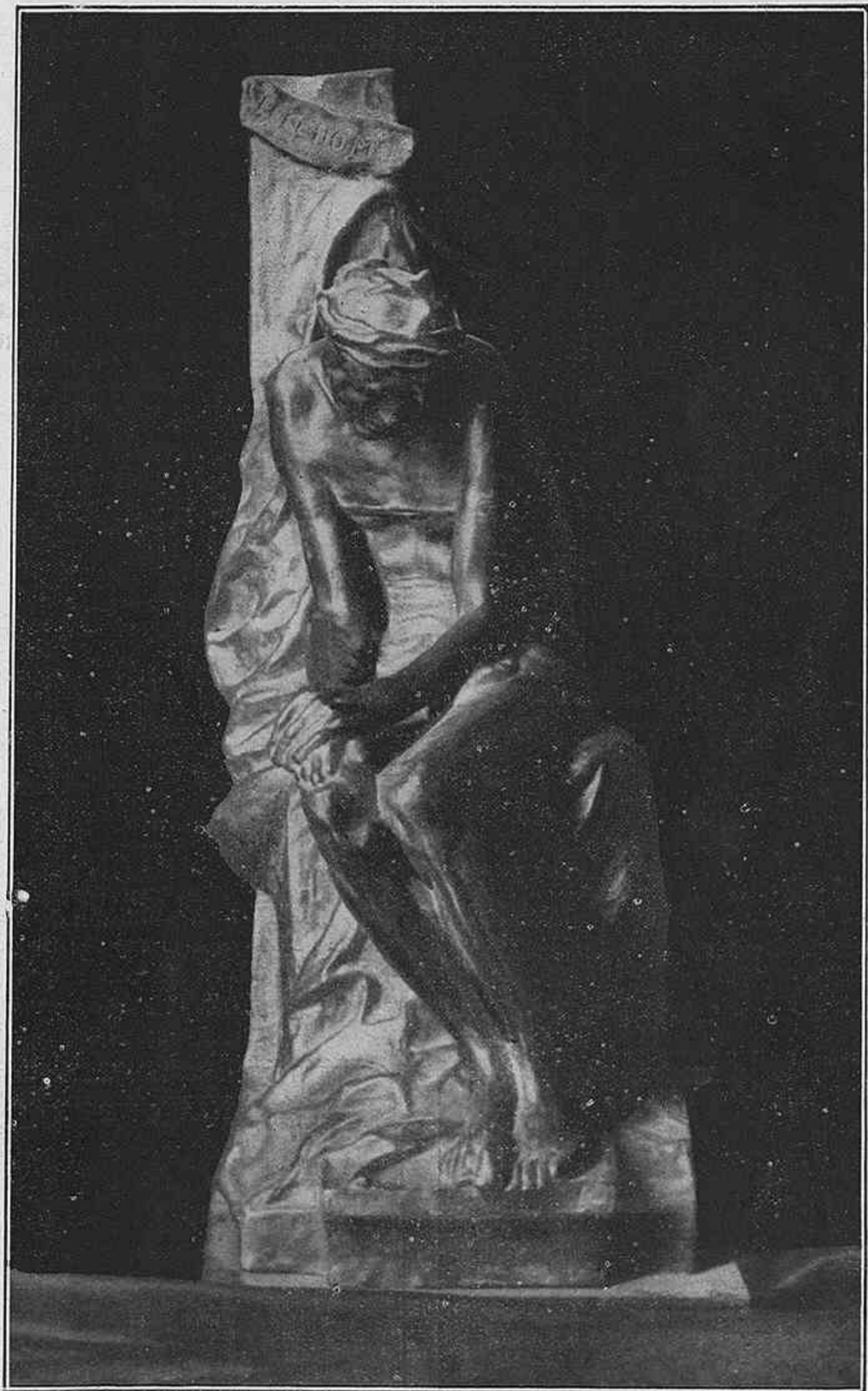
Joven bávara
busto en mármol de G. Charlier



Aldeana belga, escultura de C. Samuel



Nella, escultura de C. Samuel



Eccoe Homo, escultura en bronce de Constantino Meunier

ESTOTERES ROMA Y EL PATRIM



Melilla. En la Exposición de los Centros Hispano-marroquíes. -El presidente de los Centros, D. Rafael Corbella, enseñando a los moros de las cabilas de M'Talza las distintas salas de la Exposición. (De fotografía de Lázaro.)

MELILLA. - LA EXPOSICIÓN DE LOS CENTROS HISPANO MARROQUÍES

Brillante manifestación del alto grado de adelantamiento alcanzado por nuestras industrias y bellas artes es la Exposición organizada por los Centros Hispano-marroquíes en Melilla y de cuya inauguración dimos cuenta en el número 1.813 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

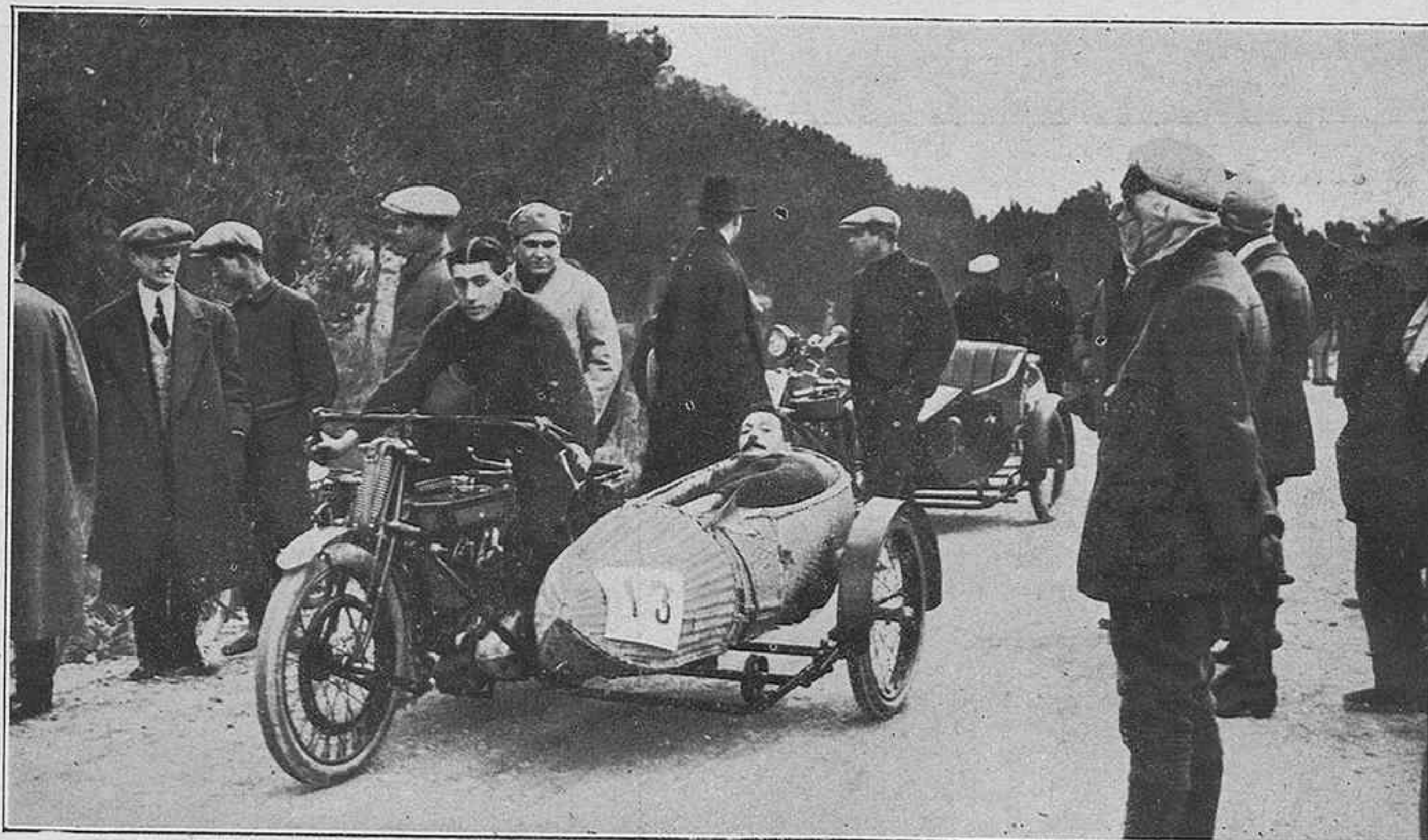
Muchos beneficios han de reportar de la Exposición nuestra industria y nuestro comercio, ya que, merced a ella, se dan a conocer los productos de nuestro suelo y de nuestra fabricación, que se encuentran en perfectas condiciones para competir con los extranjeros, y que, una vez conocidos y apreciados debidamente, pueden tener en los mercados del Norte de Africa fácil y conveniente salida, con grandes ventajas para los productores nacionales y asimismo para los consumidores indígenas.

Recientemente la Exposición ha sido visitada por prestigiosos moros de las cabilas del campo de Melilla y aun de otras situadas fuera de la zona ocupada por nuestras tropas, habiéndose informado los visitantes con gran interés y minuciosidad de todo lo que en ella se exhibe.

Como consecuencia de esas visitas, los indígenas han hecho numerosos e importantes pedidos de maquinaria, tejidos y otros artículos, siendo de esperar que los encargos irán en aumento cuando los marroquíes se convenzan de la bondad de los productos adquiridos y de las ventajas que las máquinas, especialmente las agrícolas, les procuran.

La acción de los Centros Hispano-marroquíes no se ha limitado a la exhibición de los productos españoles en la Exposición, sino que, además, se ha puesto en contacto directo con las

más importantes cabilas, organizando expediciones que han ido a visitarlas y a repartir entre los indígenas semillas y prospectos de árboles y frutas de las distintas regiones de España, así como de productos nuevos para el alimento del ganado y otros, y explicándoles el funcionamiento de las máquinas agrícolas y haciéndoles ver las ventajas de su empleo.



Castelldefels (Barcelona). Pruebas del kilómetro lanzado. - El Sr. Orús, ganador de la prueba de *side-cars*, de la categoría libre, que corrió a 80,200 kilómetros por hora. (Fotografía de nuestro reportero Merletti.)

88,400. *Side-cars* 500 c. c., Orús, 80,200. *Side-cars* 1.000 c. c., Bresca, 58,700. Autociclos, L. Gue, 88,230; F. Armangué, 86,200, y Moré, 82,560. Fuera de concurso. *Side-cars* 1.000 c. c., Escaler, 69,900. Motos 500 c. c., Orús, 117,400. Las pruebas estuvieron perfectamente organizadas.

MOTORISMO. - PRUEBAS DEL KILÓMETRO LANZADO

Con gran éxito se han efectuado estas pruebas organizadas por el Real Moto Club Deportivo, de Barcelona, y que comprendían dos categorías: de turismo y libre. Para la categoría de turismo se habían inscrito doce motocicletas, cuatro *side-cars* y cuatro motociclos; para la segunda, ocho motocicletas, dos *side-cars* y cinco autociclos.

Los resultados obtenidos fueron los siguientes:

Categoría de turismo. Motos 300 c. c., Piferrer, 56,690 kilómetros por hora. Motos 350 c. c., Clavería, 76,400; Estalera, 71,700. Motos 500 c. c., Vidal, 98,600; Almirall, 84,400; Vallet, 81,500; Codina, 73,600 y Ferrán, 67,750. Motos 750 c. c., Landa, 90,450. Motos 1.000 c. c., Landa, 62,200. *Side-cars*, Escaler, 69,350, y Vallet, 60,810. Autociclos, Allan, 70,800.

Categoría libre. Motos 350 c. c., Oliveras, 94,100. Motos 500 c. c., Orús, 117, y Landa, 81,400. Motos 1.000 c. c., Fuentes, 101,800; Landa, 88,400.

LA GALERÍA SIGLO XVII
DE ANTIGUOS MAESTROS
(CALLE 23.^a, OLD BOND STREET).
LONDRES

Gracias a la Guerra podemos ofrecer cierto número de cuadros auténticos de primeros maestros, a precios muy aceptables.

Buenas adquisiciones.

Correspondencia.

Se invita a la inspección.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalistería,
Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.